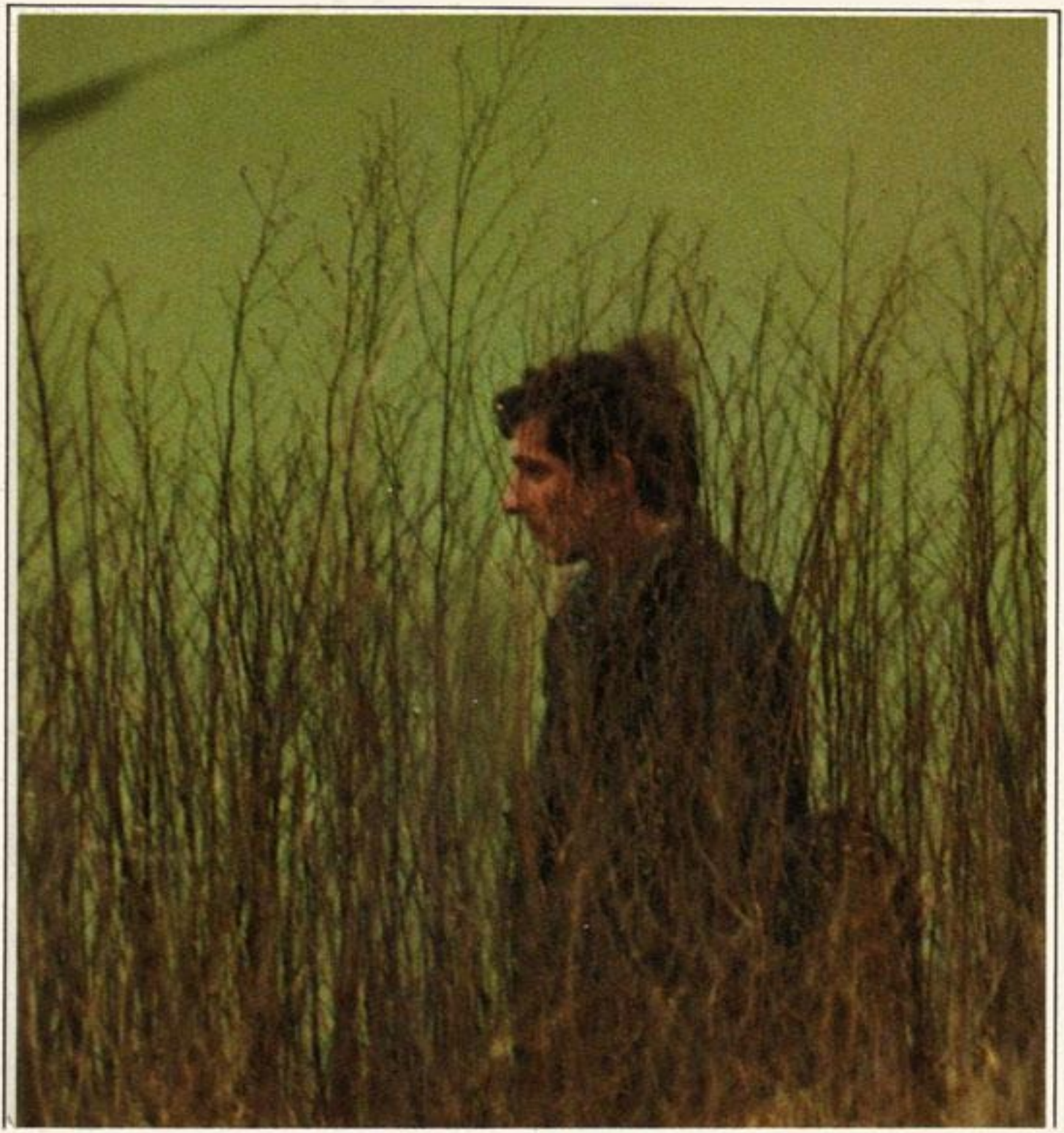
Hermann Hesse

Tres momentos de una vida



Lectulandia

Los tres relatos que integran esta obra maestra de Hermann Hesse narran tres momentos en la vida de Knulp, su protagonista.

La imagen del delicado y sensible vagabundo está trazada con la maestría y el refinamiento de que sólo Hesse es capaz en la literatura mundial. A esa imagen del alma humana se suma en estas páginas la del mundo: un paisaje idílico, con sus animadas aldeas, sus iglesias, sus artesanos y campesinos.

El vagabundo Knulp, lleno de espontáneo afecto a la humanidad y a la naturaleza, halla la propia felicidad y sublima su existencia haciendo el bien a quienes le rodean.

Lectulandia

Hermann Hesse

Tres momentos de una vida

Knulp

ePub r1.0
JeSsE 06.12.13

Título original: *Knulp / Drei Geschicten aus dem Leben Knulps*
Hermann Hesse, 1915
Traducción: Ana María de la Fuente Rodríguez
Retoque de portada: JeSsE

Editor digital: JeSsE
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LLEGA LA PRIMAVERA

Allá por el mil ochocientos noventa, nuestro amigo Knulp tuvo que pasar varias semanas en el hospital y cuando salió corría el mes de febrero y hacía un tiempo atroz, de manera que a los pocos días de camino sintió otra vez la calentura y tuvo que pensar en buscar cobijo. A Knulp nunca le faltaron amigos y casi en cada pueblo de la comarca habría encontrado fácilmente quien le recibiera con los brazos abiertos. Pero para esto tenía él mucho orgullo, y casi podía considerarse un honor el que se decidiera a aceptar algo de un amigo.

Se acordó entonces de Emil Rothfuss, que era curtidor en Lächstetten, y a su puerta fue a llamar una noche la lluvia con el viento de Poniente. El curtidor levantó un poco la persiana del piso alto y gritó:

—¿Quién es? ¿No puede esperar a que se haga de día?

Al oír la voz de su amigo, Knulp, a pesar del cansancio, sintió una súbita alegría y se acordó de una canción que compusiera años atrás, cuando él y Emil Rothfuss viajaron juntos cuatro semanas, y se puso a cantar mirando hacia arriba:

En el albergue reposa
un caminante cansado
que sin duda no es otro
que el hijo extraviado.

El curtidor acabó de levantar la persiana bruscamente y asomó medio cuerpo fuera de la ventana.

—¡Knulp! ¿Eres tú o eres un fantasma?

—¡Soy yo! —gritó Knulp—. Oye, también podrás bajar por la escalera, ¿no? ¿O tiene que ser por la ventana?

Con jubiloso apresuramiento, el amigo bajó, abrió las puertas y arrimó a la cara del recién llegado un pequeño y humeante quinqué, haciéndole parpadear.

—¡Pasa, pasa, hombre! —gritó, excitado, tirando de su amigo—. Luego me contarás. Ha quedado un poco de cena y tampoco te faltará una cama. ¡Santo Dios, y con esta noche de perros! Por lo menos tendrás buenas botas, ¿no?

Knulp le dejaba preguntar y admirarse. Ya en la escalera, se bajó cuidadosamente las perneras del pantalón y subió con paso firme y seguro, a pesar de la oscuridad y de que hacía cuatro años que no pisaba la casa.

Al llegar arriba, se paró un momento en el pasillo, delante del cuarto de estar, y retuvo por la mano al curtidor que le invitaba a entrar.

—Tú, oye, ¿es que te has casado?

—Pues sí.

—Entonces… Verás, tu mujer no me conoce; puede que no le haga ninguna gracia. No quisiera molestar.

—¡Molestar tú! —rió Rothfuss, abriendo la puerta y empujando a su amigo a la bien iluminada habitación.

Sobre la mesa, suspendida del techo por tres cadenas, colgaba una enorme lámpara de petróleo. Flotaba en el aire un tenue humo de tabaco que ascendía en finas volutas hacia el cilindro caliente donde desaparecía, aspirado con rapidez. Encima de la mesa había un periódico y una vejiga de cerdo llena de tabaco, y del pequeño canapé situado junto a la pared transversal se levantó apresuradamente la señora de la casa, entre risueña y cohibida, como el que ha estado dormitando y quiere disimular. Knulp parpadeó, deslumbrado por tanta luz, miró los ojos gris claro de la mujer y le dio la mano ceremoniosamente.

—Bueno, pues ésta es ella —dijo el dueño de la casa riendo—. Aquí, Knulp, mi amigo Knulp, ya sabes, te he hablado de él más de una vez. Naturalmente, se queda. Puede dormir en la cama de aprendiz. Ahora está vacía. Pero antes tomaremos un vaso de sidra y Knulp tendrá que cenar un poco. Ha quedado una salchicha de hígado, ¿verdad?

La mujer salió de la habitación y Knulp la siguió con la mirada.

—Un poco asustada sí que está —dijo en voz baja.

Pero Rothfuss no quiso admitirlo.

—¿Aún no tenéis hijos? —preguntó Knulp.

Entonces volvió a entrar la mujer, trayendo la salchicha en un plato de estaño y a su lado puso una tabla del pan en la que había media hogaza morena con el corte hacia abajo y en cuyo borde estaba grabada esta inscripción: El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.

—Lis, ¿sabes qué me preguntaba Knulp?

—¡Déjalo, tú! —protestó éste. Y mirando a la mujer—: Es que yo en seguida tomo confianza, señora.

Pero Rothfuss insistió:

—Preguntaba si no tenemos hijos.

—¡Ah, vaya! —exclamó ella riendo y volvió a escabullirse.

—¿No los tenéis? —pregunto Knulp cuando ella hubo salido.

—Todavía no. Ella quiere esperar un poco, ¿sabes?, y el primer año es mejor así. ¡Pero, empieza, hombre, y que aproveche!

La mujer trajo ahora la jarra de la sidra, de loza azul y gris, y tres vasos, que llenó acto seguido. Lo hizo con mucha destreza. Knulp la miraba sonriendo.

—¡Salud, viejo amigo! —gritó el maestro curtidor levantando el vaso hacia Knulp. Pero éste, galante, dijo—: Primero, las señoras. ¡A su salud, señora! ¡Salud, viejo!

Brindaron y bebieron, y Rothfuss estaba radiante de alegría y hacía guiños a su mujer como preguntando si no se había dado cuenta de los exquisitos modales que

tenía su amigo.

Ella se había dado cuenta ya.

—¿Te has fijado? —dijo ella—. El señor Knulp es más cortes que tú. Él sabe cómo hay que comportarse.

—Oh, bueno —hizo el invitado—. Cada cual se comporta según le han enseñado. Por lo que a modales respecta, en seguida me tendría usted en un atolladero. Pero qué bien nos ha servido usted. Como en el mejor hotel.

—Claro —rió el curtidor—. No en vano lo aprendió.

—¿Y dónde pues? ¿Es posadero su señor padre?

—No; hace mucho que él está bajo tierra. Casi no llegué a conocerlo. Pero estuve sirviendo un par de años en El Buey, no sé si lo conoce.

—¿El Buey? Antes era la mejor hostería de Lächstetten —ponderó Knulp.

—Y todavía lo es, ¿no, Emil? Casi todos nuestros huéspedes eran viajantes de comercio y turistas.

—Lo creo, señora, lo creo. Allí debía de estar muy bien, y ganar su buen dinero. Pero es mejor tener casa propia, ¿verdad?

Lenta y golosamente, Knulp untaba el pan con la blanda salchicha, después de quitar la piel con toda limpieza y dejarla en el borde del plato, y bebía tragos de la buena sidra. El curtidor observaba con complacencia y admiración las finas manos de Knulp, que accionaban con pulcritud y como si jugaran, y también a la señora de la casa parecían agradarle.

—Muy buen semblante no tienes —comentó Emil Rothfuss, y Knulp tuvo que reconocer que últimamente no había estado bien de salud y que no hacía mucho que había salido del hospital. Pero calló todos los detalles ingratos. Cuando su amigo le preguntó qué planes tenía y cordialmente le ofreció mesa y alojamiento para todo el tiempo que deseara, tal como Knulp imaginara y diera por descontado que le ofrecería, éste adoptó un tono reservado y evasivo, le dio las gracias lacónicamente y aplazó la conversación para el día siguiente.

—De todo esto podemos hablar mañana o pasado —dijo en tono negligente—. Gracias a Dios aún nos restan días y una temporadita sí que me quedaré.

A Knulp no le gustaba hacer planes ni promesas a largo plazo. No se sentía satisfecho si no era dueño absoluto del mañana.

—Si realmente me quedara algún tiempo, tendrías que certificar que trabajo para ti.

—¡Qué ocurrencia! —rió el maestro curtidor—. ¡Tú mi oficial! ¿Y qué sabes tú de curtidos?

—Eso no tiene que ver, ¿es que no lo entiendes? No sé nada ni quiero saber nada de curtidos. Es un buen oficio, pero yo no tengo talento para el trabajo. Se trata de mi libreta de trabajo, ¿comprendes? Así tendría derecho al subsidio de enfermedad.

—¿Me dejas ver esa libreta?

Del bolsillo interior de su traje casi nuevo, Knulp sacó la librera, bien protegida en su cartera de hule.

El curtidor la tomó riendo:

—Siempre tan pulcro. Al verte cualquiera diría que ayer saliste de casa de tu madre.

Luego, repasó las anotaciones y sellos cabeceando de admiración:

—¡Qué orden! Tú siempre tan meticuloso.

Mantener escrupulosamente al día su libreta de trabajo era una de las manías de Knulp. Aquel rigor denotaba una gran imaginación, y todas aquellas anotaciones, refrendas por la autoridad, certificaban una vida de acendrara laboriosidad, sin otra nota destacable que cierta ansia viajera que se reflejaba en los frecuentes cambios de domicilio. Knulp se había atribuido la vida que figuraba en aquellos papeles oficiales y con no pocos esfuerzos había conseguido mantener las apariencias en momentos difíciles, si bien en realidad él no hacía nada que estuviera prohibido; pero la del trotamundos estaba considerada una existencia ruin e ilegal. De todos modos, mal hubiera Knulp podido mantener el engaño con tanta facilidad, de no ser por la benevolencia de todos los gendarmes que, siempre que ello era posible, dejaban tranquilo a aquel hombre alegre y jovial cuya superioridad espiritual y seriedad ocasional respetaban. Prácticamente no tenía condenas, nunca fue acusado de hurto ni mendicidad y en todas partes tenía amigos respetables. Así pues, lo dejaban en paz, como se deja en paz al hermoso gato que, entre una humanidad laboriosa y atribulada, lleva con elegante despreocupación una existencia plácida y risueña.

—De no ser por mí, a estas horas vosotros ya estaríais en la cama —dijo Knulp volviendo a guardar sus papeles. Se levantó e hizo una reverencia a la señora de la casa.

—Vamos, Rothfuss, indícame dónde está mi cama.

El maestro curtidor acompañó a Knulp a la habitación del aprendiz, situada en la buhardilla. Junto a la pared había una cama de hierro sin hacer y, a su lado, otra de madera ya dispuesta con la ropa correspondiente.

—¿Te traigo una bolsa de agua caliente? —preguntó el anfitrión en tono paternal.

—¡Lo que faltaba! —rió Knulp—. El amo de la casa seguro que no la necesita, con una mujer tan linda.

—¿Te das cuentas? —dijo Rothfuss con vehemencia—. Tú, en esa cama helada de la buhardilla, o en otras peores, eso si no duermes en el pajar, mientras que yo tengo mi casa y mi taller y una buena esposa. Hace tiempo que tú podrías ser también maestro artesano, y mejor que yo, de haber querido.

Entretanto, Knulp se había desnudado a toda prisa y se había acostado en la fría cama tiritando.

—¿Tienes muchas más cosas que decirme? —preguntó—. Desde aquí te escucho muy cómodo.

—Te hablo en serio, Knulp.

—Y yo también, Rothfuss. Pero no vayas a creer que el matrimonio lo has inventado tú. Anda, buenas noches.

Al día siguiente, Knulp se quedó en la cama. Aún se encontraba débil y con aquel tiempo tampoco habría podido salir de casa. Cuando el curtidor subió a verle hacia media mañana, le pidió que le dejara descansar y que a mediodía le subiera un plato de sopa.

Conque pasó todo el día en la oscura buhardilla, tranquilo y contento, olvidando el fío y el cansancio y saboreando con voluptuosidad la sensación de cálido amparo. Escuchaba el tenaz tamborileo de la lluvia en el tejado y el viento que se agitaba en ráfagas desiguales, blandas y tibias. Durmió a ratos, o leyó, mientras hubo suficiente claridad, su biblioteca ambulante. Ésta consistía en unas cuantas hojas de papel en las que él había escrito poesías y refranes y un pequeño fajo de recortes de periódico. También había estampas que recortaba de las revistas. Dos eran sus favoritas y, de tanto sacarlas y volverlas a guardar, se rompían por todas partes. Una representaba a la actriz Eleonora Duse y la otra, un barco navegando a toda vela en alta mar. Desde niño Knulp sentía una gran atracción por el mar y los países del Norte, y más de una vez se había encaminado hacía allí. En una ocasión llegó hasta la región de Brunsvick. Pero aquella ave de paso, aquel caminante inquieto que no podía permanecer mucho tiempo en un sitio, era presa de una extraña añoranza, que una y otra vez le hacía volver a marchas forzadas hacia el sur de Alemania. Tal vez fuera que en regiones de dialecto y costumbres extrañas perdía su despreocupación, puesto que allí nadie le conocía y se le hacía muy difícil mantener al día su legendario libro de trabajo.

A mediodía el curtidor le subió un plato de sopa y pan. Entró sin hacer ruido y le habló en un tímido susurro por creerle enfermo y porque él, desde que pasara las enfermedades de la infancia, nunca había estado en la cama en pleno día. Knulp, que se encontraba divinamente, no se molestó en dar explicaciones y se limitó a asegurar a su amigo que al día siguiente estaría bien y de pie.

Por la tarde sonaron unos golpecitos en la puerta de la habitación y como Knulp, adormilado, no contestara, la señora de la casa entró sigilosamente y dejó en la mesita de noche, en lugar del plato de la sopa, un tazón de café con leche.

Knulp, que la había oído entrar, por cansancio o por capricho, permaneció con los ojos cerrados, fingiendo dormir. Ella, con el plato vacío en la mano, lanzó una mirada al durmiente cuya cabeza descansaba sobre un brazo semicubierto por una manga a cuadros azules. Y, al reparar en su sedoso cabello negro y la hermosura casi infantil

de aquella cara serena y apacible, se quedó contemplando el guapo mozo del que tantas maravillas contaba su marido. Miraba los ojos cerrados, las espesas cejas, la frente delicada y serena, las mejillas delgadas y curtidas, los labios finos y rojos y el cuello esbelto, y todo le gustaba y le recordaba sus tiempos de camarera en El Buey cuando, en la primavera, se dejaba enamorar por algún que otro viajero tan bien parecido como éste.

Cuando ella, ligeramente estremecida, se inclinó con ojos soñadores para contemplar todo el rostro, la cuchara de estaño resbaló del plato y cayó al suelo, produciéndole vivo sobresalto en aquel silencioso rincón de la casa.

Entonces Knulp abrió los ojos, despacio y afectando ignorancia, como si despertara de un sueño profundo. Volvió la cabeza, mantuvo un momento la mano sobre los ojos y dijo sonriendo:

—¡Hola, si está aquí la señora de la casa! ¡Y me ha traído un café! Un buen café caliente, precisamente con lo que yo estaba soñando. ¡Muchas gracias, señora Rothfuss! ¿Y qué hora es?

—Las cuatro —dijo ella rápidamente—. Bébaselo antes de que se enfríe. Luego subiré a buscar el tazón.

Y salió de la habitación, como si no tuviera ni un minuto que perder. Knulp la siguió con la mirada y escuchó sus apresurados pasos en la escalera. Él se quedó pensativo y sacudió varias veces la cabeza, luego silbó imitando el trino de un pájaro y se volvió hacia el café.

Pero una hora después de anochecer empezó a aburrirse. Se sentía reconfortado y descansado y le apetecía ver gente. Reposadamente, se levantó de la cama y se vistió, bajó la oscura escalera con el sigilo de un gato y salió de la casa sin ser visto.

Continuaba soplando el ventarrón húmedo de Sudoeste, pero ya no llovía y había claros en el cielo.

Knulp paseaba entre dos luces curioseando por las calles y por la desierta plaza del mercado. Se paró en la puerta de una herrería, observó cómo los aprendices recogían los útiles y entró en conversación con el oficial, arrimando las frías manos a las brasas de la fragua, ya mortecinas. Se interesó por varios conocidos suyos, vecinos de la ciudad, se informó sobre muertes y casamientos y, por su manera de hablar, dio a entender al herrero que eran colegas. Y es que Knulp estaba familiarizado con el vocabulario y las expresiones de todos los oficios.

Mientras, la señora Rothfuss preparaba la sopa para la cena, trasteaba con los aros del fogón haciéndolos tintinear y pelaba las patatas. Una vez tuvo la sopa cociendo despacio, tomó la lámpara de la cocina, se fue a la sala y se miró al espejo. En él vio lo que esperaba: una cara redonda, de mejillas tersas y ojos gris azulado. Retocó con dedos ágiles el peinado donde le pareció necesario, frotó una vez más las palmas de sus manos recién lavadas en el delantal, tomó la lámpara y subió ligera a la

buhardilla.

Llamó con los nudillos a la puerta del cuarto del aprendiz, al principio suavemente y después con más fuerza. Al no recibir respuesta, dejó la lámpara en el suelo y abrió la puerta con las dos manos, procurando que no crujiera. Andando de puntillas, entró en la habitación y palpó la silla situada junto a la cabecera de la cama.

—¿Duerme usted? —preguntó a media voz. Y luego otra vez—: ¿Duerme usted? Sólo vine a llevarme el tazón.

Como no obtuviera respuesta, y ni siquiera oyera respirar, ella extendió la mano hacia la cama, pero la retiró en seguida, alarmada, y corrió a buscar la lámpara. Luego, al ver la habitación vacía y la cama cuidadosamente recogida, con almohada y edredón bien mullidos y alisados, volvió corriendo a su cocina, perpleja y contrariada.

Media hora después, cuando el curtidor subió a cenar y ya estaba puesta la mesa, la mujer empezó a hacer cábalas, pero no se atrevió a hablar al marido de su visita a la buhardilla. Entonces se abrió la puerta de la calle, sonaron pasos ligeros en el zaguán y en la curva escalera, y allí estaba Knulp quitándose el bonito sombrero de fieltro marrón y dándoles las buenas noches.

—¿Y de dónde vienes tú? —preguntó el maestro curtidor atónito—. Está enfermo y anda por ahí de noche. Te vas a matar.

—Tienes razón —dijo Knulp—. Válgame Dios, señora Rothfuss, a eso le llamo yo llegar a tiempo. Desde la plaza he olido su ropa. Ella me resucitará.

Se sentaron a la mesa. El dueño de la casa estaba locuaz y no dejaba de ufanarse de su hogar y de su taller hostigando a su invitado con sus chanzas y por último conminándole a abandonar aquella vida errante y ociosa. Knulp escuchaba sin apenas responder, y la mujer no decía ni una palabra. Le irritaba su marido que, al lado del apuesto y donoso Knulp, le parecía tosco, y demostraba al invitado su buena disposición con el dinero que ponía en servirle. Cuando sonaron las diez. Knulp dio las buenas noches y pidió prestada al curtidor la navaja de afeitar.

—Tú siempre tan aseado —le elogió Rothfuss al darle la navaja—. Apenas asoma la barba, ¡fuera! Anda, buenas noches y que te mejores.

Antes de entrar en su habitación, Knulp se asomó al ventanuco de la escalera del desván para echar una última ojeada al tiempo y al vecindario. El viento había amainado y entre los tejados se veía un trozo de cielo negro en el que refulgían claras, con húmedo brillo, las estrellas.

Knulp iba ya a retirarse y cerrar el postigo cuando de pronto se iluminó una ventanita de la casa de enfrente, en una habitación pequeña, de techo bajo, muy parecida a la suya, por cuya puerta una criada con una vela en palmatoria de estaño en una mano y una gran jarra de agua que dejó en el suelo, en la otra. Luego, la muchacha iluminó con la vela una cama estrecha, modesta y limpia que, cubierta con

gruesa manta de lana roja, invitaba al descanso. Dejó la palmatoria en algún sitio que Knulp no podía ver y se sentó en un pequeño baúl verde, como el que tienen casi todas las criadas.

Cuando, en la casa de enfrente, empezó a desarrollarse de improvisto esta escena, Knulp apagó de inmediato su propia vela, para no ser visto, y se quedó quiero, atisbando desde su lumbrera.

Así le gustaban a él las muchachas. Aquélla tendría dieciocho o diecinueve años, no muy alta, con una cara morena y afable de ojos oscuros, y el cabello negro. Pero aquella dulce cara no estaba alegre y la figura toda, sentada en el duro arcón verde, tenía una actitud de tristeza y abatimiento que indicó a Knulp, buen conocedor del mundo y de las muchachas, que la pobrecita no debía de llevar mucho tiempo lejos de su casa y sentía nostalgia. Tenía las manos en el regazo y sin duda trataba de consolarse un poco antes de acostarse sentándose en su pequeña propiedad y pensando en su hogar.

Tan quieto como la melancólica muchacha estaba Knulp en su ventanita, contemplando, suspenso y admirado, aquella pequeña vida ajena, que rumiaba calladamente su pena a la luz de la vela, sin sospechar que alguien pudiera observarla. Y él miraba los ojos castaños y serenos, ora relucientes, escrutando la noche, ora velados por largas pestañas, las mejillas infantiles que la luz de la vela teñía de oro, las manos jóvenes y delicadas que, fatigas, demoraban el último pequeño trabajo de desnudarse, mientras descansaban en la falda de algodón azul oscuro.

Finalmente, con un suspiro, la joven levanto la cabeza con su gran moño de trenza, miró al vacío pensativa y triste y se inclinó para desabrocharse el zapato.

Knulp no tenía ninguna gana de retirarse, pero le parecía una villanía y hasta una crueldad mirar cómo se desnudaba la niña. Le habría gustado llamarla, charlar un poco y, con un par de chirigotas, animarla para que se acostara más alegre. Pero temía que, si ahora empezaba a dar voces, ella se asustara y apagara la luz.

De manera que recurrió a una de sus muchas habilidades. Se puso a silbar bajito, como desde muy lejos, la tonada de *En un arroyo fresco gira el molino*, y tan fino era el silbido que la muchacha se quedó un rato suspensa, sin saber qué era aquello, y hasta la tercera estrofa no se levanto y, lentamente, se asomó a la ventana para escuchar.

La muchacha alargaba el cuello tendiendo el oído y Knulp silbaba y silbaba. Luego, ella movió la cabeza un par de veces siguiendo el compás y, de pronto, miró hacia arriba y descubrió de donde venía la música.

—¿Hay alguien ahí delante? —preguntó a media voz.

—Sólo un oficial de curtidor —fue la respuesta, dada en el mismo tono—. No quería turbar el sueño de la señorita, pero sentía un poco de nostalgia de mi casa y me

puse a silbar una canción. Sé otras más alegres. ¿Tú también eres forastera?

—Yo soy de la Selva Negra.

—¡La Selva Negra! ¡Vaya! Pues yo también. ¿Así que somos paisanos? ¿Te gusta Lächstetten? A mí, nada.

—Oh, no sabría decirle. No llevo aquí más que ocho días. Pero no acaba de gustarme. ¿Hace mucho que llegó usted?

—No; tres días. Pero los paisanos se tutean, ¿no?

—No puedo. No nos conocemos.

—Todo se andará. La cumbre y el valle no pueden reunirse, pero las personas, sí. ¿Cuál es su pueblo, señorita?

—Aunque se lo dijera, no sabría dónde está.

—¡Quién sabe! ¿O acaso es un secreto?

—Achthausen. No es más que una aldea.

—Pero muy bonita, ¿verdad? A la entrada, en una esquina, hay una capilla, y hay también un molino, o una serrería, y el dueño tiene un perro San Bernardo color barquillo. ¿Me equivoco?

—¡El *Bello*, justo!

Al comprobar que él conocía su pueblo y que había estado allí, la muchacha sintió que se desvanecía buena parte de su desconfianza y pesadumbre, y dijo animadamente:

—¿Conoce también a Andres Flick?

—No; allí no conozco a nadie. ¿Es su padre?

—Sí.

—Ajá. Entonces usted es la señorita Flick, y si ahora me dice su nombre de pila, cuando vuelva por Achthausen podré mandarle una postal.

—¿Es que quiere marcharse ya?

—No; no quiero. Lo que quiero es saber su nombre, señorita Flick.

—Pero yo no sé el suyo.

—Lo siento, aunque eso tiene remedio. Me llamo Karl Eberhard. Ahora, cuando nos veamos a la luz del día, usted sabrá cómo llamarme. ¿Cómo he de llamarla yo?

—Bárbara.

—Así está bien, y muchas gracias. Pero es un nombre muy serio y apostaría a que en su casa todos la llaman Bärbele.

—Cierto. Si lo sabe usted todo, ¿por qué pregunta tanto? Pero ya es tarde y hay que dejar la charla. Buenas noches, vecino.

—Buenas noches, señorita Bärbele, que duerma bien. Y ahora, por ser usted, silbaré otra. No se vaya, es gratis.

Y sin más se puso a silbar una tonada con dobles tonos y trinos, vibrante como música de baile. Ella escuchaba con asombro aquel alarde. Cuando cesó la música, la

muchacha cerró lentamente el postigo y pasó el cerrojo, mientras Knulp entraba a oscuras en su habitación.

Aquella mañana Knulp se levantó temprano y se sirvió de la navaja de afeitar del curtidor. Pero hacía años que el curtidor se había dejado la barba, y la cuchilla estaba tan roma que Knulp tuvo que pasar media hora afilándola con los tirantes para poder afeitarse. Cuando terminó, se puso la chaqueta y, con las botas en la mano, bajó a la cocina, donde se estaba caliente y ya olía a café.

Pidió a la mujer del curtidor cepillo y betún para limpiarse las botas.

—¡Deje, deje, ése no es trabajo de hombres! Yo se las limpiaré.

Pero él no lo consintió y cuando ella por fin, con una risa un tanto forzada, le puso delante los útiles que le pedía, él hizo la operación con minuciosidad y pulcritud pero, al mismo tiempo, como si fuera un juego, como el de sólo muy de tarde en tarde y por capricho hace trabajos manuales; pero, eso sí, con esmero y alegría.

—¡Eso está bien! —alabó la mujer contemplándole—. Bien relucientes, como para ir a ver a la novia.

—Le aseguro que ya me gustaría, ya.

—No tiene que jurármelo. Y bien guapa que la tendrá. —Volvió a reír nerviosamente—. Y hasta puede que más de una.

—¡Eh! Eso no estaría bien —la reprendió Knulp alegremente—. Si quiere, puedo enseñarle un retrato suyo.

Ella se acercó con presteza mientras Knulp sacaba del bolsillo su carterita de hule, de la que extrajo el retrato de la Duse. La mujer miró atentamente el papel.

—Es muy fina —empezó con cautela—. Casi toda una señora. Aunque parece muy delgada. ¿Tiene buena salud?

—Que yo sepa sí. Bueno, voy a ver si veo al viejo. Me parece que ya le oigo en la sala.

Salió a la sala y saludó al curtidor. La habitación estaba bien barrida y con sus maderas claras, con el reloj, el espejo y las fotografías de la pared, resultaba muy acogedora y hogareña. No está mal para el invierno una salita como ésta, pensó Knulp. Pero sólo por eso no merece la pena casarse. No le hacía ninguna gracia el favor que le demostraba la mujer del curtidor.

Después del café con leche, Knulp acompañó al maestro Rothfuss a su taller y lo recorrió de arriba abajo. Él conocía casi todos los oficios, y sus preguntas eran tan atinadas que su amigo se quedó asombrado.

—¿Y cómo sabes tú todas esas cosas? —preguntó con viveza—. Cualquiera diría que eres realmente un oficial curtidor o que lo has sido.

—Viajando se aprende de todo —dijo Knulp con naturalidad—. Por cierto que del curtido de fino tú fuiste mi maestro, ¿es que no te acuerdas? Hace seis o siete años, cuando viajábamos juntos, tú me explicabas cosas del oficio.

—¿Y todavía te acuerdas?

—Algo, Rothfuss. Pro no quiero distraerte más. Lástima, me gustaría ayudarte un poco, pero aquí abajo hay tanta humedad, y además, ese olor, y con la tos que tengo. Bueno, hasta luego, viejo. Voy a dar una vuelta por el pueblo antes de que llueva.

Cuando Knulp salió de la casa y se alejó por el callejón de los curtidores en dirección al centro del pueblo, Rothfuss se asomó a la puerta y siguió con la mirada a su amigo, que caminaba sin prisa, con el bien cepillado sombrero un poco echado hacia atrás, sorteando los charcos con cuidado.

En realidad, ése vive bien, pensó el curtidor con un poco de envidia. Y, mientras bajaba al sótano, iba pensando en su extraño amigo, que no pedía a la vida más que ser un espectador, y Rothfuss no sabía si este deseo era modesto o ambicioso. El que trabaja y luchaba por abrirse camino tenía muchas compensaciones, pero no tenía aquellas manos tan finas ni aquella figura tan esbelta, ni aquella placidez. Sí; tenía razón Knulp al hacer lo que le pedía el ánimo, algo que muy pocas personas sabrían hacer: hablar con la gente como un niño y ganarse su afecto, decir cosas bonitas a todas las mujeres y hacer de cada día un domingo. Había que dejarle ser él mismo, y cuando le iban mal las cosas y necesitaba cobijo, era un placer y un honor albergarlo, y casi había que estarle agradecido, porque él traía luz y alegría a casa.

Mientras, el huésped paseaba por el pueblo, curioso y divertido, silbando entre dientes una marcha militar y buscando sosegadamente lugares y personas conocidos. Primeramente, se encaminó hacia las afueras del pueblo, donde tenía el taller un sastre remendón conocido suyo. El pobre tenía que pasarse la vida poniendo parches en pantalones viejos, porque casi nunca le encargaban ropa nueva, y era una lástima porque era muy buen sastre, tenía aspiraciones y había trabajado en buenos obradores. Pero se casó joven, tenía varios hijos y la mujer no era buena administradora.

Knulp encontró a Schlotterbeck, el sastre, en el tercer piso de una casa del arrabal, situada en lo alto de una pendiente, de manera que el pequeño taller parecía suspendido en el vacío como un nido y, si te asomabas a la ventana y mirabas abajo, no te encontrabas sólo a tres pisos de altura, ya que el pie de la casa el terreno descendía vertiginosamente en empinados jardincillos y prados hasta un amasijo de galerías, gallineros, conejeras y establos, y los tejados más próximos quedaban al otro lado de la maraña, en el fondo del valle. Pero gracias a esta situación el taller del sastre tenía buena luz y buenos aires y, sentado en su mesa, al lado de la ventana, el laborioso Schlotterbeck parecía vigilar el mundo desde las alturas y la luz, como el torrero en el faro.

—Hola, Schlotterbeck —dijo Knulp al entrar, y el sastre, cegado por la luz, miró hacia la puerta entornando los ojos.

—¡Hola, si es Knulp! —exclamó tendiéndole la mano al tiempo que se iluminaba

el semblante—. ¿Otra vez por estas tierras? ¿Y qué te trae hasta las alturas?

Knulp arrimó una silla de tres patas y se sentó.

—Dame una aguja y un poco de hilo, pero que sea marrón y del más fino, que tengo que pasar revista.

Y se quitó la chaqueta y el chaleco, buscó el hilo, enhebró la aguja y repasó cuidadosamente todo su traje, que todavía parecía encontrarse en muy buen estado, casi nuevo, reparando descosidos y afianzando botones con dedos ágiles.

—¿Y qué me cuentas? —preguntó Schlotterbeck—. No es muy buena la estación. Pero con salud y sin familia…

Knulp carraspeó en son de protesta.

—Sí, sí —dijo displicente—. El Señor hace llover sobre justo y pecadores, y sólo los sastres están al resguardo. ¿Es que tienes que quejarte siempre, Schlotterbeck?

—Ay, Knulp, ¿para qué te voy a contar? Oye cómo gritan los niños ahí al lado. Ya son cinco. Y uno aquí, trabajando hasta la medianoche y sin conseguir que te alcance el dinero. ¡Tú, por el contrario, siempre de paseo!

—Te equivocas, compañero. He estado cuatro o cinco semanas en el hospital de Neustadt, y esa gente no te tiene allí más de lo necesario, ni tú te quedarías por gusto. Los designios del Señor son inescrutables, amigo Schlotterbeck.

—Tú, déjate de sentencias.

—¿Es que ya no eres religioso? ¿Eh? Yo también deseo serlo, y por eso he venido a verte, ermitaño.

—No me vengas con religión. ¿Dices que en el hospital? Lo siento mucho.

—No lo sientas, ya pasó. Y ahora dime, ¿qué te parece el libro del Eclesiastés y la Revelación? En el hospital, ¿sabes?, tenía mucho tiempo. Encontré una Biblia y me la leí casi entera, ahora puedo hablar mejor. Es un libro curioso la Biblia.

—Tienes razón. Curiosos y la mitad seguro que son mentiras, porque unas cosas no casan con otras. Quizás tú lo entiendas mejor, que por algo aprendiste latín en la escuela.

—Ya lo he olvidado casi todo.

—Mira, Knulp… —El sastre escupió por la ventana y se quedó mirando el vacío con los ojos muy abierto y la expresión agria—. Mira, Knulp, eso de la religión no sirve de nada. Yo me río de la religión, te lo juro, me río.

El trotamundos le miraba pensativo.

—No sé, no sé. Eso es mucho decir, tú. A mí me parece que en la Biblia se dicen cosas muy atinadas.

—Sí, pero si lees unas cuantas páginas más, te encuentras con que en otro sitio pone todo lo contrario. No, se acabó, no quiero saber más.

Knulp se había levantado y tenía una plancha en la mano.

—¿Podrías echarle unas brasas? —rogó el sastre.

—¿Para qué las quieres?

—Me gustaría plancharme un poco el chaleco, ¿sabes? Y al sombrero tampoco le vendría mal, después de tanta lluvia.

—Siempre tan atildado —dijo Schlotterbeck ligeramente irritado—. ¿Para qué quieres ir tan elegante como un conde si no eres más que un hambriento?

Knulp sonrió serenamente.

—Queda mucho mejor y a mí me gusta. Si no quieres hacerlo por caridad cristiana, hazlo por amistad, ¿sí?

El sastre salió y al poco volvía con la plancha caliente.

—Eso es —dijo Knulp—. Muchas gracias.

Se puso a alisar cuidadosamente el borde de su sombrero, pero en vista de que en este menester era menos diestro que con la aguja, su amigo le quitó la plancha de la mano y siguió con el planchado.

—Así me gusta —dijo Knulp, satisfecho y agradecido—. Ahora vuelve a ser un sombrero de domingo. Pero, sastre, volviendo a la Biblia, me parece que pides demasiado. Creo yo que lo que es verdad y lo que es la vida en realidad son cosas que cada cual tiene que decidir por sí mismo, que no puede aprenderlas en ningún libro. La Biblia es vieja y antes no se sabían muchas cosas de las cosas que se saben hoy; sin embargo, ahí se dicen palabras muy hermosas y muy buenas y también muchas verdades. A ratos me parecía un precioso libro de estampas, ¿comprendes? Cuando esa muchacha, Ruth, va por el campo recogiendo las espigas que han quedado, eso es muy bonito, te parece sentir el aire cálido de una dorada tarde de verano cuando el Redentor se rodea de niños y piensa: Vosotros me agradáis más que los mayores, con toda su soberbia. A mí me parece que en eso lleva razón y que uno podría aprender de él.

—Bueno, sí —concedió Schlotterbeck, aunque con reservas—. Pero eso es más fácil cuando los niños son hijos de otro que cuando tienes cinco en tu casa y no sabes cómo alimentarlos.

El sastre volvía a estar triste y abatido, y a Knulp no le gustaba verle así. Antes de irse quería decirle alfo que le animara. Pensó un momento y luego se inclinó, miró fijamente al sastre a la cara con sus ojos claros y dijo en voz baja:

—Sí, pero ¿es que tú no quieres a tus hijos?

Asustado, el sastre abrió mucho los ojos:

—¡Naturalmente!, ¿qué te has creído? Claro que los quiero, sobre todo, al mayor.

Knulp movió la cabeza gravemente.

—Me marcho, Schlotterbeck, y te doy las gracias. Ahora el chaleco vale el doble. Y con tus hijos sé cariñoso y alegre, que eso también alimenta. Y ahora escucha, que voy a decirte algo que no sabe nadie y que no debes repetir.

El sastre impresionado, miraba fijamente los claros ojos de su amigo que ahora

tenían una expresión muy grave. Knulp hablaba en una voz tan baja que el sastre casi no le oía.

—Mírame bien. Tú me envidias y piensas: Ése lo pasa bien, sin familia ni tribulaciones. Pero no es verdad. Yo tengo un hijo, ¡figúrate!, un chiquillo de dos años que vive con gente extraña porque nadie sabe quién es su padre y la madre murió al dar a luz. No necesitas saber en qué ciudad está. Pero yo lo sé, y cada vez que paso por allí me acerco a la casa y me quedo esperando junto a la cerca. Si tengo suerte, veo al pequeño. Pero no puedo ni darle la mano, ni mucho menos darle un beso. Todo lo más, silbarle una canción al pasar… En fin, así son las cosas. Y ahora adiós. ¡Y alégrate de tener hijos!

Knulp prosiguió su paseo por la ciudad. Estuvo un rato de charla en la ventana de una carpintería, observando cómo se rizaban, rápidas, las virutas, saludó al pasar al policía conocido suyo, que le invitó a rapé. Aquí y allá se enteraba de las grandes y de las pequeñas noticias, de las familias y de los gremios; de la muerte de la joven esposa del contador de la ciudad y de la atolondrada conducta del hijo del alcalde, y a su vez deba nuevas de otros lugares, alegrándose del fino lazo que unía su existencia a la de las gentes sedentarias y honorables, en calidad de amigo, conocido y copartícipe de sus vicisitudes. Era sábado, y Knulp se paró en la puerta de una cervecería y preguntó a los toneleros dónde se podía bailar aquella noche y la siguiente.

Bailes había varios, pero el mejor era del Leon de Gertelfingen, a sólo media hora de camino. Allí decidió Knulp llevar a la joven Bärbele, de la casa de enfrente.

Pronto fue mediodía y en la escalera de laca de Rothfuss salió al encuentro de Knulp un grato olor que venía de la cocina. Él se detuvo y, con infantil glotonería, aspiró profundamente el aroma, moviendo las aletas de la nariz. Pero, aunque entraba con sigilo, se le oyó. La dueña de la casa abrió la puerta de la cocina y apareció sonriente envuelta en el vaho de los guisos.

—Buenos días, señor Knulp —dijo amablemente—. Me alegro de que llegue temprano. Hoy tenemos pastel de hígado y pensé que, si le gusta, podría hacerle un filete extra. ¿Qué le parece?

Knulp se alisó el bigote e hizo una reverencia.

—¿Por qué he de tomar yo algo extra? Me basta con un plato de sopa.

—El que ha estado enfermo tiene que alimentarse. Si no, ¿cómo va a recuperar las fuerzas? ¿O es que no le gusta el hígado? Porque también hay a quien no le gusta.

Él se echó a reír con expresión de modestia.

—Pues yo no soy de ésos. Un plato de pastelillos de hígado es para mí una comida de domingo, y me daría por satisfecho si todos los domingos de mi vida los tuviera.

—Aquí no le faltaría nada. ¿Para qué, ni no, ha aprendido una a cocinar? Pero conteste. Ha quedado un trozo de hígado, yo se lo he reservado. Le sentará bien.

Ella se le acercó sonriendo. Él comprendió el significado de sus palabras, y era bastante bonita la mujer, pero no se dio por enterado. Rehuyendo la mirada de ella, jugueteaba con el sombrerero de fieltro que el pobre sastre le había planchado.

—Muchas gracias, señora, le agradezco su buena voluntad. Pero son suficientes los pastelillos. Bastante me han mimado ya.

Ella le amenazó con el índice sonriendo.

—No se haga el tímido que no le va el papel. Entonces pastelillos. Pero con cebolla, ¿verdad?

—A eso no puedo decir que no.

La mujer volvió afanosamente a su fogón y él se instaló en la sala, en la que ya estaba puesta la mesa. Estuvo leyendo el periódico de la víspera hasta que entró el dueño de la casa y se sirvió la sopa. Después de comer, jugaron a las cartas durante un cuarto de hora y Knulp dejó boquiabierta a su anfitriona por el arte y la delicadeza con que manejaba la baraja. Sabía mezclar las cartas con aparente indolencia y ordenarlas con un solo ademán. Repartía con elegancia, acariciando el borde de cada naipe con el pulgar. El curtidor contemplaba con admiración y deferencia la exhibición, como el trabajador y cabeza de familia se distrae con artes superfluas. La dueña de la casa, por el contrario, miraba con ojos de experta aquella muestra de habilidad mundana. No apartaba la mirada de aquellas manos esbeltas, delicadas, que el trabajo no había marcado.

Por los pequeños cristales de la ventana se filtraba un pálido rayo de sol que caía sobre la mesa y las cartas, proyectaba sombras caprichosas en el suelo y reverberaba en el techo pintado de azul. Knulp, parpadeando, lo observaba todo: la luz temblorosa del sol de febrero, el silencio de la casa, el rostro grave y tosco de su amigo y las veladas miradas de la agraciada mujer. Aquello no le gustaba, no le prometía placer ni ilusión. Si estuviera bien de salud y fuera verano, no se quedaba ni una hora más, pensaba.

—Saldré a tomar un poco el sol —dijo cuando Rothfuss reunió las cartas y miró al reloj. Bajó la escalera con el dueño de la casa, dejó a éste en el secadero con sus pieles y se perdió por entre la maleza del estrecho jardincillo poblado de artesas de tanino para curtir, que llegaba hasta el arroyo. Allí había construido el curtidor una pasarela desde la que bañaba las pieles. Knulp se sentó en la pasarela con los pies colgando a poca distancia de la corriente, observando divertido los oscuros peces que cruzaban raudos por debajo de él y se puso a estudiar el terreno cuidadosamente, buscando la ocasión de hablar con la criadita de enfrente.

Los jardines estaban separados por una cerca de madera muy mal conservada. Junto al agua, donde las ripias se habían podrido hacía tiempo, se podía pasar de uno

a otro terreno sin dificultad. El jardín vecino parecía mejor cuidado que el del curtidor. Se veían en él cuatro arriates, aunque invadidos por las hierbas y con la tierra apelmazada, como acostumbra a estar a finales de invierno. Había un par de hileras de raquíticas lechugas y espinacas, unos rosales de arbusto combados, con la copa enterrada, y un par de hermosos pinos que ocultaban la casa.

Hasta ellos se llegó Knulp sin hacer ruido, después de contemplar el jardín, y, por entre los árboles, vio la casa con la cocina atrás y en la cocina descubrió al poco la criada, trabajando, con las mangas subidas. Con ella estaba la señora de la casa con mucho que decir y enseñar, como han de hacer las mujeres que no pueden pagar a una criada experta y han de cambiar todos los años y luego no se cansan de alabar a la que ya se fue. Pero ésta parecía dar sus instrucciones sin mal humor, y la pequeña ya debía haberse acostumbrado, porque se la veía trabajar segura y tranquila.

El intruso estaba apoyado en un tronco, adelantando la barbilla, con la expresión vigilante del cazador, escuchando entre divertido y paciente, como el que dispone de mucho tiempo y ha aprendido a desempeñar en la vida el papel de espectador y oyente. Gozaba contemplando a la muchacha cada vez que ésta aparecía en la ventana, y por el acento del ama dedujo que no era natural de Lächstetten, sino de más arriba del valle, a un par de horas de allí. Se quedó escuchando tranquilamente, mordisqueando la rama de pino, una media hora y una hora entera, hasta que la mujer desapareció y la cocina se quedó en silencio.

Esperó un poco más, luego se acercó a la casa y golpeó el cristal de la ventana con una rama seca. La muchacha no reparó en los golpecitos y él tuvo que volver a llamar. Entonces ella se acercó a la ventana que estaba entreabierta, acabó de abrirla y se asomó.

—¿Qué hace usted ahí? —exclamó en voz baja—. Casi me da un susto.

—De mi no tienen por qué asustarse —sonrió Knulp—. Sólo quería saludarla y ver cómo le va. Y puesto que hoy es sábado pensé que a lo mejor mañana por la tarde tenía usted fiesta y podíamos dar un paseíto.

Ella le miró y movió la cabeza negativamente y él puso una cara tan triste que la muchacha sintió pena.

—No puede ser —dijo suavemente—. Mañana no tengo fiesta. Sólo salgo por la mañana para ir a la iglesia.

—Ah, vamos —murmuró Knulp—. Entonces podría salir esta noche.

—¿Esta noche? Sí, tengo libre, pero he de escribir a mi familia.

—Oh, también puede escribir una hora después. De todos modos, hoy ya no sale la carta. ¡Con lo que yo me he alegrado de poder hablar un poco con usted! Y esta noche, como no llueva a cántaros, podríamos dar un bonito paseo. Vamos, sea buena. No tendrá miedo de mí, ¿verdad?

—No tengo miedo de usted. Pero no puede ser. Si la gente me ve por ahí con un

hombre…

—¡Pero Bärbele, si aquí nadie la conoce! Además, no es pecado ni a nadie le importa. Ya no es usted una colegiala, ¿verdad? Bueno, no olvide que a las ocho le espero en la puerta del gimnasio, junto a la cerca del mercado de ganado. ¿O quiere que vaya más temprano? Puedo arreglármelas.

—No, no; más temprano no. Es que… no debe usted ir, no puede ser, me es imposible…

La infantil desilusión volvió a pintarse en el rostro de él.

—Si no quiere… —dijo con tristeza—. Pensé que, siendo forastera, se sentiría sola y tendría nostalgia de su casa, como la tengo yo, y que podríamos hablar un poco. Me gustaría saber más cosas de Achthausen, puesto que estuve allí. Pero no puedo obligarla, y perdone mi insistencia.

—No hay nada que perdonar. No puede ser.

—Hoy tiene la noche libre, Bärbele. La verdad es que no quiere. Claro que aún puede cambiar de idea. Ahora tengo que marcharme. Esta noche la espero en el gimnasio. Si no la veo, me iré a pasear y pensaré en usted, que estará escribiendo a Achthausen. Ahora adiós, y no me lo tome a mal.

Knulp saludó y se alejó antes de que ella pudiera contestar. La muchacha le vio desaparecer entre los árboles y puso cara de perplejidad. Luego volvió a su trabajo y de pronto —la señora había salido— empezó a cantar con una voz clara y hermosa.

Knulp la oía, desde luego. Volvía a estar sentado en la pasarela del curtidor y hacía bolitas de un trozo de pan que traía en el bolsillo. Las dejaba caer suavemente en el agua una a una y, con gesto pensativo, las veía hundirse oblicuamente, arrastradas por la corriente, hasta el oscuro fondo donde los peces, sosegados y fantasmales, las engullían.

—Bien —dijo el curtidor durante la cena—, ya llegó la noche del sábado. No sabes tú lo hermosa que es para el que ha trabajado con ahínco toda la semana.

—Oh, pero me lo imagino —sonrió Knulp, y la mujer del curtidor sonrió también mirándole con picardía.

—Esta noche —prosiguió Rothfuss en tono festivo—, esta noche beberemos una buena jarra de cerveza. ¿Quieres traerla, mi vieja? Y mañana, si hace buen tiempo, nos iremos de excursión los tres. ¿Qué te parece compañero?

Knulp le dio una fuerte palmada en un hombro.

—He de reconocer que se está muy bien contigo y me gusta lo de la excursión. Pero esta noche tengo un compromiso. He de encontrarme con un amigo que ha estado trabajando con el herrero y mañana se marcha. Sí, lo siente; pero mañana podremos estar juntos todo el día. De no ser así, no me habría comprometido.

—¿No irás a salir por ahí de noche, sin estar bien del todo?

—Bah, tampoco tiene uno que ser tan precavido. No volveré tarde. Dime dónde dejas la llave, para que pueda entrar.

—Eres testarudo. Knulp. Pero ve si quieres. La llave la encontrarás detrás del postigo de la bodega. ¿Sabes dónde quiero decir?

—Sí, señor. Bien, pues me marcho. Acuéstense temprano. Buenas noches. Buenas noches, señora.

Se fue y, cuando estaba ya en la puerta de la calle, la mujer del curtidor llegó corriendo tras él. Le llevaba un paraguas y Knulp tuvo que aceptarlo, de grado o por fuerza.

—Debe usted cuidarse, Knulp —dijo ella—. Ahora le mostraré dónde encontrará la llave.

En la oscuridad, le tomó de la mano, le hizo dar la vuelta a casa y lo condujo hasta una ventanita que tenía el postigo cerrado.

—Dejamos la llave detrás del postigo —dijo ella, agitada, en un susurro, acariciando la mano de Knulp—. Busque en la rendija, en el alféizar.

—Muchas gracias —dijo Knulp, violento, retirando la mano.

—¿Le subo una cerveza cuando vuelva usted? —insistió ella arrimándose.

—No, muchas gracias. Casi nunca bebo cerveza. Buenas noches, señora Rothfuss, y muchas gracias.

—¿Tanta prisa tiene? —le susurró ella, melosa, pellizcándole un brazo. Él vio su cara muy cerca y, puesto que rechazarla no podía sin ofenderla, le pasó una mano por el pelo, violento.

—Tengo que irme —dijo con cierta brusquedad, alzando la voz más de lo normal y dando un paso atrás.

Ella sonrió ampliamente. Sus dientes brillaban en la oscuridad.

—Te esperaré. Eres un encanto —dijo, zalamera.

Knulp se alejó con paso vivo por la calle oscura, con el paraguas bajo el brazo. Al llegar a la esquina, para disipar aquella enojosa turbación, se puso a silbar. La canción era:

Has creído que te quiero
mas no es eso lo que siento
me da vergüenza de ti
cuando nos mira la gente.

El aire era tibio y en el oscuro cielo brillaba alguna que otra estrella. En una taberna alborotaban unos jóvenes trasnochadores del sábado y en El Pavo Real, por las ventanas de la nueva bolera, vio Knulp a un grupo de hombre en mangas de camisa con la bola en la mano y el cigarro en la boca.

Al llegar al gimnasio, Knulp se detuvo y miró en torno. Un viento húmero silbaba suavemente en las desnudas ramas de los castaños, y el río corría sin ruido en la oscuridad, reflejando aquí y allá una ventana iluminada. Aquella noche apacible reconfortaba al andariego, tonificando todas las fibras de su cuerpo. Knulp aspiró profundamente aquel aire que olía a primavera, a calor, a tierra seca, a camino. Su memoria inagotable le permitía ver más allá del pueblo, la cuenca del río y la comarca; él conocía todos los parajes, caminos, riberas, pueblos, aldeas, grajas y posadas hospitalarias. Trazó cuidadosamente la ruta de su próximo viaje, ya que en quedarse en Lächstetten no se podía ni pensar. Por su amigo se quedaría, pero sólo aquel domingo, y siempre que la mujer no se lo pusiera muy difícil.

Tal vez, pensó, debería prevenir al curtidor de la conducta de su esposa. Pero no le gustaba inmiscuirse en asuntos ajenos, ni sentía afán de hacer a las personas mejores ni más sabias. Le entristecía lo sucedido y no sentía ninguna benevolencia por la antigua camarera del El Buey; pero los sermones del curtidor sobre la vida doméstica y la dicha conyugal le daban risa. Knulp sabía bien que, por regla general, cuando una persona alardea de felicidad o de virtud, hay que desconfiar. Otro tanto había sucedido con la piedad del sastre remendón. Uno podía contemplar la necedad de los demás, uno podía reírse o compadecerse de ellos, pero había que dejarles seguir su camino.

Con un profundo suspiro, Knulp desechó estos pensamientos. Se apoyó en la oquedad de un viejo castaño situado frente al puente y siguió haciendo planes para el viaje. De buena gana hubiera cruzado la Selva Negra, pero ahora hacía frío allá arriba, seguramente habría nieve, te destrozabas las botas y los lugares para dormir estaban lejos uno del otro. No, ni pensarlo; había que ir siguiendo los valles y los pueblos. El Molino del Ciervo, a cuatro horas río abajo, era el primer albergue seguro. Si hacía mal tiempo, le dejarían quedarse un día o dos.

Distraído con estos pensamientos, ya ni se acordaba de que estaba esperando a alguien cuando apareció en el puente una figura pequeña, que se acercaba vacilante y recelosa en la oscuridad acariciada por el viento. Él la reconoció en seguida, le salió al encuentro, alegre y agradecido, y se quitó el sombrero con amplio ademán.

—Estoy muy contento de que haya venido, Bärbele. Ya casi no la esperaba.

Y, dando la derecha a la muchacha, la condujo río arriba por la avenida. Ella iba cohibida y turbada.

—No está bien —decía una vez y otra—. Ojalá no nos vea nadie.

Knulp, por el contrario, tenía muchas cosas que preguntar, y los pasos de la muchacha se fueron haciendo más firmes y acompasados hasta que caminó a su lado alegre y desenvuelta y, animada por sus preguntas y comentarios, le habló con desparpajo de su casa, de su padre y de su madre, de su hermano y de la abuela, de los patos y de los pollos, del granizo y de las enfermedades, de bodas y de romerías.

Su pequeña arca de recuerdos se abrió y resultó mayor de lo que ella creía, y al fin le explicó cómo la contrataron para servir, se despidió de la familia, su trabajo y cómo era la casa de sus sueños.

Se habían alejado del pueblo un buen trecho sin que Bärbele se diera cuenta de adónde iban. Ahora, tras una larga y triste semana de añoranza, silencio y obediencia, se había desahogado con aquella charla y se sentía alegre.

—Pero, ¿dónde estamos? —exclamó de pronto, sorprendida—. ¿A dónde nos dirigimos?

—Si quiere, podemos ir a Gertelfingen. Ya casi estamos llegando.

—¡Gertelfingen! ¿Y qué haremos allí? Hay que regresar, que ya es tarde.

—¿A qué hora tiene que llegar a casa, Bärbele?

—A las diez. Ya es hora de volver. Ha sido un bonito paseo.

—Aún falta bastante para las diez —dijo Knulp. Yo me encargo de que no se retrase. Pero ya que tan jóvenes como hoy no hemos de volver a vernos, creo que podríamos ir a bailar un poco. ¿O no le gusta el baile?

Ella le miraba excitada y sorprendida.

—Oh, para el baile siempre estoy dispuesta. Pero, ¿dónde? ¿Aquí, en pleno campo y de noche?

—Sepa usted que ya estamos cerca de Gertelfingen y en El León hay música. Podemos entrar, aunque no sea más que para un baile, y luego nos volveremos a casa y habremos pasado una buena noche.

Bärbele vacilaba.

—Sería divertido —dijo lentamente—. Pero, ¿qué pensará la gente? No quiero que me tomen por una descarada no que la gente piense que andamos juntos.

De pronto, ella se echó a reír con picardía y dijo:

—Quiero decir que si un día tengo novio no ha de ser curtidor. No es por ofenderle, pero el oficio de curtidor no es limpio.

—Tal vez tenga razón —dijo Knulp afablemente—. No debe casarse conmigo. Pero nadie sabe que yo soy curtidor ni que usted es tan exigente. Y me he lavado las manos, así que, si quiere bailar conmigo, ya lo sabe. Si no, podemos dar media vuelta.

En la oscuridad se veía ya la primera casa del pueblo, una fachada pálida que asomaba entre unos arbustos, y Knulp hizo de pronto: «¡Pst!» llevándose el dedo a los labios. A lo lejos oyeron entonces una música que venía del pueblo, música de baile, de acordeón y violín.

—¡Andando! —dijo la muchacha riendo, y apretaron el paso.

En El León bailaban sólo cuatro o cinco parejas, todas jóvenes, a las que Knulp o conocía. El ambiente era formal y sosegado, y nadie molestó a los recién llegados cuando se unieron al baile. Bailaron una danza tirolesa y una polka, luego los

músicos tocaron un vals, que Bärbele no sabía bailar, y se quedaron mirando, mientras bebían una jarra pequeña de cerveza, porque la bolsa de Knulp no daba para más.

Bärbele, sofocada por el baile, miraba la sala con ojos brillantes.

—Ahora tendríamos que regresar —dijo Knulp cuando fueron las nueve y media.

Ella se sobresaltó y murmuró con tristeza:

—Ah, qué lástima.

—Podemos quedarnos un rato.

—No; tengo que volver a casa. Pero ha sido muy bonito.

Ya estaban en la puerta cuando la muchacha dijo:

—No hemos dado nada a los músicos.

—No —convino Knulp, un poco violento—. Se merecen una moneda de veinte. Lo malo es que no la tengo.

Ella sacó rápidamente su bolsa tejida a mano.

—¿Por qué no lo decía? Aquí hay veinte pfenning. Déselos.

Él tomo la moneda y la dio a los músicos. Luego salieron y, en la puerta, tuvieron que pararse un momento, hasta que distinguieron el camino en la oscuridad. El viento soplaba con más fuerza y traía alguna gota de lluvia.

—¿Abro el paraguas? —preguntó Knulp.

—No; con este viento, no serviría de nada. Se estaba bien ahí dentro. Casi parece un maestro de baile, curtidor.

Ella siguió charlando con animación. Su amigo, empero, estaba callado, quizá por el cansancio, quizá porque le entristecía pensar en la despedida.

La muchacha empezó a cantar: «Con mi rebaño voy ora al Neckar, ora al Rhin». Tenía una voz cálida y limpia y a la segunda estrofa él le hizo coro y cantó la segunda voz con tanta seguridad y un tono grave tan hermoso que ella prestó oído con agrado.

—¿Qué? ¿Ya pasó la nostalgia? —preguntó él cuando acabaron de cantar.

—Oh, sí —rió la muchacha—. Hemos de dar otro paseo como éste.

—Lo siento mucho —dijo él en voz baja—. Éste es nuestro último paseo.

Ella se detuvo. No había oído bien sus palabras, pero percibió el tono triste de su voz.

—¿Qué dice? —preguntó un poco asustada—. ¿Tiene algo contra mí?

—Nada de eso, Bärbele. Es que mañana me marcho. Me ha despedido.

—¡Eso no lo esperaba yo! ¡Qué pena!

—No tenga pena por mí. No me hubiera quedado mucho tiempo. Además, no soy más que un curtidor. Usted pronto tendrá novio, y un novio cabal, y nunca volverá a sentir nostalgia. ¡Ya lo verá!

—Ah, no diga esas cosas. Usted sabe que me gusta, aunque no sea mi novio.

Callaron los dos. El viento les daba en la cara. Knulp iba ahora más despacio. Ya

estaban llegando al puente. Al fin, él se detuvo.

—Es mejor despedirse aquí. Lo poco que falta puede andarlo sola.

Bärbele le miraba sin disimular su pesar.

—Entonces, ¿es en serio? Pues otra vez gracias. No lo olvidaré lo que ha hecho por mí. Que tenga suerte.

Él le tomó la mano y la atrajo hacia sí, y mientras ella le miraba entre sorprendida y asustada, puso las manos en sus trenzas húmedas de lluvia y dijo en un susurro:

—Adiós, Bärbele. Y ahora un beso de despedida, para que no me olvides del todo.

La muchacha fue a resistirse, pero él tenía una mirada triste y bondadosa y entonces se dio cuenta de que sus ojos eran muy bonitos. Sin cerrar los suyos, recibió serenamente el beso y, al ver que él la miraba con una débil sonrisa expectante, sintió lágrimas en los ojos y le devolvió el beso resueltamente.

Luego, ella se alejó andando de prisa, pero, al llegar al otro lado del puente, dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. Él seguía en el mismo sitio.

—¿Qué ocurre, Bärbele? —preguntó—. Hay que volver a casa.

—Sí, sí, ya voy. No pienses mal de mí.

—Eso, nunca.

—Pero dime una cosa, curtidor. Antes dijiste que no tenías dinero. ¿Es que no te pagan antes de irte?

—No; no me pagan. Pero no importa, ya me arreglaré. No te preocupes por mí.

—¡No, no! Tienes que llevar algo en el bolsillo. ¡Toma! —Y le puso en la mano una moneda grande, un taler le pareció—. Ya me lo devolverás más adelante.

Él la retuvo de la mano.

—No puedo aceptarlo. No debes hacer eso son tu dinero. Nada menos que un taler. Guárdalo. ¡No, tienes que guardártelo! Así. Tienes que ser más juiciosa. Si tuvieras alguna moneda pequeña. Cincuenta pfenning o así, la aceptaría de buen grado porque la necesito. Pero más no.

Siguieron discutiendo un rato y Bärbele tuvo que mostrar la bolsa, porque decía que no tenía más que el taler. Pero no era así. Tenía también un marco y veinte pfenning de plata que por aquel entonces aún corrían. Ésa era la moneda que él quería, pero la muchacha le parecía poco, y entonces él dijo que no aceptaría nada y quiso marcharse; pero al fin se quedó con el marco y ella se alejó camino de la casa a buen paso.

Mientras caminaba no hacía más que pensar por qué él no habría vuelto a besarla. Por un lado, le dolía y, por el otro, le parecía una prueba de respeto y delicadeza, y así decidió tomarlo.

Knulp llegaba a casa más de una hora después. Arriba, en la sala, había luz, luego la mujer del curtidor debía estar esperándole. Escupió con enojo y sintió el deseo de

marcharse sin esperar más, en plena noche. Pero estaba cansado, amenazaba lluvia y no quería desairar al curtidor. Por otra parte, aún podía gastar una pequeña broma.

Así que sacó la llave del escondite, abrió la puerta con el sigilo de un ladrón, la cerró desde dentro, echó la llave son hacer ruido, apretando los labios, la dejó en sus sitio habitual y subió la escalera con las botas en la mano. La puerta de la sala estaba entornada y por la rendija escapaba luz. Dentro se oía la respiración profunda de la mujer del curtidor que, cansada de la larga espera, se había quedado dormida en el canapé. Knulp subió a su habitación en silencio, cerró la puerta por dentro y se metió en la cama. Al día siguiente se marcharía, estaba decidido.

MI RECUERDO DE KNULP

Corrían todavía los tiempos alegres de la juventud, y Knulp aún vivía. Por aquel entonces viajábamos juntos él y yo, durante el cálido verano, por tierras fértiles y pocas inquietudes teníamos. De día vagábamos por entre los amarillos trigales o nos tumbábamos a la sombra fresca de un nogal o en el linde del bosque, y por la noche yo escuchaba los cuentos que Knulp contaba a los campesinos o las canciones que cantaba a las muchachas, o miraba las sombras chinescas que les hacía a los niños. Yo escuchaba con agrado y sin envidia, y sólo cuando le rodeaban las muchachas y se iluminaba su cara tostada por el sol, y ellas, aunque entre bromas y risas, le escuchaban encandiladas, sólo entonces yo pensaba que mi amigo era muy afortunado, o yo todo lo contrario, y me apartaba para no estorbar y me iba en busca del lector para pasar la velada platicando y pedirle asilo para la noche o entraba en la taberna a beber un vaso de vino tranquilamente.

Recuerdo que una tarde pasamos por delante de un cementerio que parecía reposar apaciblemente junto a su capillita abandonado en medio de los campos, lejos de cualquier pueblo. Por la tapia asomaban oscuros arbustos y junto a la verja de entrada había dos grandes castaños. Puesto que estaba encerrado, yo habría pasado de largo, pero Knulp se empeñó en escalar el muro.

—¿Ya quieres descansar otra vez? —le pregunté.

—Justo, sí, señor, o pronto me dolerán las plantas de los pies.

—¿Y ha de ser un cementerio?

—¿Por qué no? Tú, sígueme. En esta vida, los campesinos no se permiten grandes placeres, bien lo sé yo, pero bajo tierra no se privan de nada. Por eso no les duelen prendas cuando de la tumba se trata.

Conque trepé detrás de él y vi que tenía razón, que merecía la pena saltar la tapia. Porque, alrededor de las tumbas, dispuestas en hileras desiguales, la mayoría con su cruz de madera blanca, todo estaba verde y florido. Allí brillaban alegremente la campanilla y el geranio y, más allá, en la sombra, el alhelí amarillo y los rosales silvestres cuajados en flor, y las lilas y los saúcos de tupido ramaje.

Miramos un poco en derredor, nos sentamos en la hierba que estaba alta y florida y descansamos frescos y contentos.

Knulp leyó el nombre grabado en la cruz más cercana y dijo:

—Ése se llama Engelbert Auer y tenía más de sesenta años. Por eso ahora descansa debajo de resedas, que son flores finas. A mí también me gustaría tener resedas un día, y mientras, me llevaré una de éstas.

—Déjala y toma otra cosa —le dije yo—. Las resedas se marchitan pronto.

Pero él arrancó una y se la prendió en el sombrero que estaba a su lado sobre la hierba.

—¡Qué agradable silencio! —dije.

Y él:

—Sí, cierto. Y, con un poco más de silencio, hasta oiríamos hablar a los de ahí debajo.

—Quiá. Ésos ya lo han dicho todo.

—¿Seguro? Todo el mundo dice que la muerte es un sueño; y la gente habla, y hasta canta, mientras duerme.

—Tú, quizá.

—¿Y por qué no? Si yo estuviera muerto, el domingo, cuando las muchachas vinieran a pasear por aquí y arrancar alguna que otra flor, me pondría a cantar bajito.

—¿Sí? ¿Y qué cantarías?

—¿Qué? Cualquier canción.

Se tumbó en el suelo, cerró los ojos y con voz de niño se puso a cantar:

Ya que joven me morí
cántame, niña,
tu despedida.
Cuando vuelva a la vida,
cuando vuelva a la vida
guapo mozo seré.

Tuve que reírme, y me gustó la canción. Knulp cantaba con gracia, y aunque la letra no tenía mucho sentido, la tonada sonaba bien.

—Knulp —dije—, no prometas tanto, o las muchachas pronto dejarán de hacerte caso. Lo de que vas a volver, pase, aunque eso nadie lo sabe con seguridad; pero que vayas a ser guapo es mucho decir.

—Es mucho decir, pero me gustaría. ¿Te acuerdas del chiquillo que vimos anteayer con su vaca, al preguntarnos el camino? Como él me gustaría volver a ser. ¿A ti no?

—A mí no. Yo conocí una vez a un anciano de más de setenta años que tenía un aspecto tan sereno que me pareció todo bondad, paz y sabiduría. Bien, pues muchas veces he pensado que así me gustaría ser.

—Pues para eso aún te falta un rato. Es curioso el deseo. Si en este momento yo no tuviera más que mover la cabeza de arriba abajo para convertirme en aquel guapo chico, y si tú no tuvieras más que mover la cabeza para convertirte en el apacible anciano, ni tú ni yo moveríamos la cabeza. Al contrario, nos sentiríamos muy satisfechos de ser lo que somos.

—Es verdad.

—Pues claro. Y otra cosa: a veces pienso que lo más hermoso del mundo es una muchacha esbelta de cabello rubio. ¿Y no es verdad que entonces ves a una morena que te parece casi más hermosa? Otras veces pienso que lo mejor y lo más hermoso

de todo es un pájaro volando muy alto. Y luego, nada hay tan maravilloso como una mariposa, una blanca, por ejemplo, con ojos encarnados en las alas, o un rayo de sol de la tarde en las nubes, que brilla pero no deslumbra y todo parece tan alegre y tan limpio.

—Tienes razón, Knulp. Y es que todo es hermoso, su lo miras en el momento justo.

—Sí; pero con el placer hay que sentir también un poco de tristeza o temor.

—¿Por qué?

—Verás: una muchacha bonita no te lo parecería tanto si no superas que tiene su momento de esplendor y luego ha de envejecer y morir. Si algo hermoso tuviera que permanecer igual toda la eternidad, yo me alegraría, sí, pero lo miraría con más frialdad y pensaría: eso puedes verlo siempre; no tiene por qué ser hoy. Pero lo que es perecedero y no permanece igual lo contemplo ahora y con algo más que la pura alegría, también con un poco de pena.

—Sí, claro.

—Por eso para mí no hay nada más maravilloso que esos fuegos artificiales que se ven por ahí de noche. Hay cohetes azules y verdes que suben en la oscuridad y cuando más hermosos están hacen un rizo y se apagan. Así cuando los miras sientes placer y temor a la vez: en seguida se acaba y por eso es más hermoso que si fuera a durar. ¿No?

—Bueno, sí. Pero eso no vale para todo.

—¿Por qué no?

—Por ejemplo, cuando dos personas se enamoran y se casan, o cuando encuentras un amigo, lo bueno es saber que el amor y la amistad van a durar, que no se acaban en seguida.

Knulp me miró fijamente, bajó sus negras pestañas y dijo, pensativo:

—A mí también me gusta creerlo así. Pero todo tiene su final. Son muchas las cosas que pueden romper una amistad y destruir el amor.

—Cierto. Pero eso no lo piensa uno hasta que ocurre.

—No sé… Mira, yo me he enamorado dos veces, quiero decir enamorado de verdad, y las dos veces pensé que era para siempre, que aquello sólo acabaría con la muerte, y las dos veces acabó, y no me morí. También tenía un amigo, allá en el pueblo, y nunca pensé que pudiéramos separarnos. Pero nos separamos, y ya hace mucho tiempo.

Knulp se quedó callado y yo no supe qué decir. Aún no conocía por experiencia los desengaños que deparan las relaciones humanas ni había descubierto todavía que, por muy unidas que estén dos personas, entre ellas siempre hay un abismo que sólo el amor puede salvar, y aun hora a hora y por una precaria pasarela. Medité las palabras de mi amigo. Lo que más me gustaba de todo lo que me había dicho era lo de los

cohetes. Yo había sentido aquello muchas veces. La línea de luz que se eleva en la oscuridad y en seguida se ahoga en ella me parecía el símbolo de los placeres humanos que, cuando más hermosos, menos sacian y más pronto se acaban. Así se lo dije a Knulp, pero él no respondió más que:

—Sí, sí —y, al cabo de un rato, añadió a media voz—: De nada sirve el cavilar, y nadie hace aquello que se propone sino que da cada paso según le manda el corazón. Y quizás eso de la amistad y el amor sea como yo digo. Al fin cada cual se queda con lo que es, sin compartirlo con nadie. Eso se ve cuando uno muere. Los otros lloran un día, un mes, un año; pero el muerto de va, y lo mismo daría que en el ataúd hubiera un vagabundo desconocido.

—No estoy de acuerdo, Knulp. Muchas veces hemos dicho que la vida ha de tener un significado y que el mérito está en ser bueno y amable y no malo y odioso. Pero, según tú, todo da lo mismo, e igual podríamos robar y matar.

—No; no podríamos, amigo. Si puedes, mata a las dos primeras personas que encontremos. O dile a una mariposa amarilla que sea azul. Se reirá en tus barbas.

—No quise decir eso. Pero si todo da lo mismo, no tiene ningún sentido ser bueno y honrado. Porque si es lo mismo azul que amarillo y malo que bueno, no existe la bondad. Cada cual es como una animal de la selva, que sólo obedece al instinto, sin mérito ni culpa.

Knulp suspiró.

—En fin, quién sabe. Quizá sea como tú dices. Por eso a veces se siente uno desanimado, y es que se da cuenta de que nada sirve lo que uno quiera porque todas las cosas siguen su rumbo sin nuestra intervención. Pero la culpa, existe, aun cuando uno no pueda remediar ser malo. Y es que la sientes dentro. También por eso el bien es lo justo, porque al hacerlo, uno se siente contento y con la conciencia tranquila.

Por su cara comprendí que estaba harto de esta charla. Ocurría muchas veces, que se ponía filosófico, planteaba una cuestión, discutía el pro y el contra y, de pronto, la dejaba. Al principio, yo pensaba que ello se debía a la pobreza de mis réplicas y argumentos. Pero no era eso. Era que comprendía que su afición a especular le llevaba a un terreno en el que sus conocimientos y sus palabras resultan insuficientes. Porque, si bien había leído mucho, a Tolstoi entre otros autores, no siempre era capaz de distinguir entre las conclusiones correctas y las equivocadas, y él se daba cuenta. Knulp hablaba de los sabios como un niño despierto habla de las personas mayores: reconocía que poseían más fuerza y más remedios que él, pero los desdeñaba por no saber utilizarlos bien ni poder, con toda su ciencia, resolver misterio alguno.

Ahora había vuelto a tumbarse y, con las palmas de las manos a guisa de almohada, contemplaba, por entre el oscuro ramaje del saúco, el cielo azul del estío, canturreando una vieja canción del Rhin. Aún recuerdo la última estrofa, que decía así:

Hasta ahora llevé el jubón rojo,
y ahora he de llevar el jubón negro,
seis años o siete
hasta que mi amor se pudra.

Al anochecer estábamos sentados uno frente al otro al borde de un bosque, cada uno con un buen trozo de pan y media morcilla, y contemplábamos la llegada de la noche mientras comíamos. Hacía unos instantes, los montes estaban iluminados aún por el resplandor dorado del cielo crepuscular que difuminaba su contorno en un velo luminoso, pero ahora, la silueta de sus árboles, setos y arbusto se recortaba ya con nitidez en un cielo en el que aún restaba un poco del azul del día en su intenso azul noche.

Mientras hubo luz, estuvimos leyéndonos el uno al otro cosas muy graciosas de un librito titulado *Acordes del organillo*, que contenía canciones y estampas bobas y alegres. Aquello acabó al agostarse la luz del día. Después de cenar, Knulp quiso escuchar música y yo saqué del bolsillo la armónica que estaba llena de migas, la limpié y toqué las dos o tres melodías tantas veces oídas. La oscuridad que nos envolvía hacía un rato, se había extendido ya por todo el paisaje, y hasta el cielo había perdido el último pálido resplandor y encendía lentamente, una a una, las estrellas en la creciente oscuridad. Las notas de nuestra armónica, tenues y ligeras, volaban sobre los campos y pronto se perdían en los anchos espacios.

—Aún es temprano para dormir —dije a Knulp—. Cuéntame alguna historia. No hace falta que sea verdad. Puede ser un cuento.

Knulp hizo memoria.

—Sí —dijo—; una historia y un cuento al mismo tiempo. Es decir, un sueño. Es un sueño que tuve el otoño último y que después volví a tener dos veces, casi igual. Yo estaba en una calle estrella de un pueblo parecido al mío. Las casas proyectaban sus fachadas a la calle, pero eran más altas de lo normal. Yo avanzaba por la calle y era como si regresara al hogar después de una ausencia larga, muy larga; pero sólo me alegraba a medias, porque no todo estaba bien y yo no acababa de sentirme seguro de no haberme equivocado de pueblo, de que aquél fuera mi hogar. Muchos rincones estaban tal como yo los recordaba, pero algunas casas me eran extrañas y desconocidas, y tampoco encontraba el puente, ni por dónde se iba a la plaza del mercado, y salía a un jardín en el que no había estado nunca, en el que había una iglesia con dos torres, como la de Colonia o la de Basilea. Pero la iglesia de mi pueblo no tiene torres, sólo un muñón con tejado provisional, porque los antiguos se equivocaron y no pudieron terminar la torre.

Lo mismo me ocurría con la gente. A muchos, al verlos de lejos, los conocía bien, sabía cómo se llamaban y ya me disponía a gritar sus nombres. Pero entonces ellos se

metían en alguna casa o doblaban por una bocacalle, y si alguno no llegaba a pasar por mi lado se transformaba y me resultaba extraño; pero al alejarse yo comprendía que sí lo conocía. También vi a unas mujeres a la puerta de una tienda y hasta me pareció que era mi difunta tía; pero cuando me aproximé a ellas no las reconocí y oí que hablaban un dialecto extraño que casi no entendía.

Al fin pensé: quisiera estar fuera de este pueblo que es y no es el mío. Pero yo seguía corriendo ora hacia una casa conocida, ora hacia una cara amiga, y la gente me miraba como si estuviera loco. Pero yo no me sentía enojado ni furioso sino sólo triste y atemorizado; quise rezar y traté de recordar una oración pero sólo me venían a la cabeza frases sin sentido, como por ejemplo «Muy señor mío» y «En las actuales circunstancias», y estas frases repetía, desconcertado y dolorido.

Así seguí durante unas dos horas, hasta que, sudoroso, cansado y sin fuerzas, empecé a tambalearme. Anochecía, y me propuse preguntar a la primera persona que encontrara dónde estaba la posada o la carretera, pero no podía hablar, y ellos pasaban por mi lado como si yo fuera aire. Del cansancio y la desesperación habría llorado.

Entonces llegué a otra esquina y delante de mí vi nuestra vieja calle, un poco transformada y adornada, sí, pero en aquel momento esto no me preocupó. Eché a andar por ella y, a pesar de las deformaciones del sueño, reconocía cada una de sus casas y al fin descubrí mi vieja casa paterna. También era extrañamente alta, pero por lo demás estaba igual que en los viejos tiempos y la alegría y la emoción me hicieron sentir como un escalofrío en la espalda.

Y en la puerta estaba mi primera novia, que se llamaba Henriette. Pero parecía distinta, más alta y aún más hermosa. Al acercarme vi que su hermosura era realmente prodigiosa y angelical. Entonces me di cuenta de que sus cabellos eran muy rubios y no castaños como los de Henriette, pero ella, de pies a cabeza, aunque transfigurada. «¡Henriette!», grité quitándome el sombrero, porque al verla tan hermosa no sabía si querría reconocerme.

Ella acabó de volverse y me miró a los ojos. Pero al mirarme ella a los ojos yo quedé atónito y avergonzado, porque aquélla no era la que yo había nombrado sino Lisabeth, mi segunda novia. Con la que yo anduve mucho tiempo, «¡Lisabeth!», grité, tendiéndole la mano.

Ella me miró de un modo que me llegó al corazón; me pareció que así debía de mirarle a uno Dios; ni con severidad no con altivez, sino serenamente, con unos ojos limpios, profundos y reflexivos que me hicieron sentirme como un perro. Y me contemplaba cada vez más seria y apenada, luego sacudió la cabeza como ante una pregunta indiscreta y, sin tomarme la mano, entró en la casa y cerró la puerta con suavidad. Oí cómo corría el cerrojo.

Entonces di media vuelta y me fui. A pesar de que me cegaban las lágrimas y el

dolor, advertí con extrañeza que la ciudad había vuelto a cambiar. Es decir, ahora todas sus calles y todas sus casas estaban exactamente igual que antes, y la anormalidad había desaparecido. Las fachadas no eran ya tan altas y habían recobrado los viejos colores, las personas eran personas de verdad y me miraban alegres y sorprendidas al reconocerme, y muchas me llamaban por mi nombre. Pero yo no podía contestarles ni podía pararme. No; yo corría con todas mis fuerzas por aquel camino ahora familiar, cruzaba el puente y salía de la ciudad, y lo miraba todo con ojos húmedos de aflicción. Sin saber por qué, me parecía que todo aquello lo había perdido y que tenía que marcharme de allí perseguido por la vergüenza.

Y luego, cuando ya estaba fuera del pueblo y tuve que parar un poco bajo los álamos, me di cuenta de que había estado en mi pueblo, delante de nuestra casa, y que ni por asomo había pensado en mi padre, en mi madre, en mis hermanos ni en mis amigos. Y sentí en mi corazón más confusión, más dolor y más vergüenza que nunca. Pero no pude regresar para enmendar el olvido, porque aquí se acabó mi sueño y desperté.

Knulp dijo:

—Casa cual tiene su alma y no puede fundirla con la del otro. Dos personas pueden aproximarse, hablarse y permanecer una al lado de la otra. Pero sus almas son como flores, cada una con sus propias raíces, y ninguna puede ir hasta la otra, porque para ello tendría que abonar su raíz, y eso es imposible. Las flores exhalan su perfume y sueltan sus semillas porque ansían reunirse unas con otras; pero nada puede hacer la flor para que la semilla vaya a parar a buen sitio, porque de eso se encarga el viento y él va y viene a su antojo.

Y después:

—Quizá el sueño que te he contado tenga el mismo significado. Que yo sepa, nunca hice daño alguno ni a Henriette ni a Lisabeth. Pero ya que un día las amé y quise hacerlas mías, las dos se han convertido para mí en una única imagen soñada que se parece a las dos y no es ninguna de ellas. La imagen es mía, pero ya no tiene vida. Lo mismo he tenido que pensar muchas veces de mis padres. Ellos creen que soy su hijo y que soy como ellos. Pero, aunque debo quererlos, para ellos soy un extraño al que no pueden comprender. Y aquello que en mí es más importante, aquello que tal vez sea mi alma, ellos lo consideran secundario y lo atribuyen a mi juventud o un humor pasajero. A pesar de todo, me quieren y harían cualquier cosa por mí. Un padre puede transmitir en herencia a su hijo la nariz, los ojos y hasta la inteligencia, pero no el alma. Ésta es nueva para cada uno.

Yo no tenía nada que decir. Por aquel entonces, yo no entraba todavía en estos razonamientos, ni sentía inclinación hacia ellos. Escuchaba con agrado las pláticas de mi amigo pero no hacían mella en mí y por ello suponía que también para Knulp eran

más un juego que una inquietud. Además, daba gusto estar allí con los dos, con aquella paz, tendidos en la hierba seca, esperando la noche y el sueño y contemplando las primeras estrellas.

Yo dije:

—Tú piensas mucho, Knulp. Habías tenido que ser profesor.

Él se echó a reír y movió la cabeza.

—Antes me enrolaría en el Ejército de Salvación —respondió pensativo.

Esto fue demasiado para mí:

—¡Tú, a mí, no me la das! ¿Y no quieres ser también un santo?

—Sí, también. Todos los seres humanos son santos cuando se toman en serio sus pensamientos y sus actos. Cada cual debe hacer aquello que cree justo. Si un día a mí me parece que debo entrar en el Ejército de Salvación, es de esperar que entre.

—¡Y dale con el Ejército de Salvación!

—Sí, señor; y te diré por qué. Ya he hablado con mucha gente y he oído muchas charlas y discursos. He oído hablar a párrocos y profesores, y alcaldes, y socialdemócratas, y liberales; pero ninguno era sincero desde el fondo de su corazón. Me parece que, llegado el caso, ninguno habría estado dispuesto a sacrificarse por su doctrina. En el Ejército de Salvación, por el contrario, con toda su música, tres o cuatro veces he visto u oído a personas totalmente sinceras.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Eso se ve. Por ejemplo, oí hablar a uno un domingo en un pueblo, al aire libre, con un polvo y un calor tales que el hombre no tardó en quedarse afónico. Desde luego, muy robusto no parecía. Cuando ya no podía seguir hablando, dejaba que sus tres compañeros cantaran una estrofa mientras él tomaba un trago de agua. Tenía alrededor a medio pueblo, chicos y grandes, que lo miraban como si estuviera loco y lo criticaban. Detrás había un mozo con una tralla en la mano, y la hacía chasquear con fuerza, de vez en cuando, para molestar al predicador. Y la gente se reía. Pero el pobre hombre no se enfadaba, a pesar de que no tenía nada de tonto, sino que seguía porfiando con su voz rota, y sonriendo cuando otro en su lugar se habría puesto a gritar y a maldecir. Eso no lo hace uno a cambio de una salario miserable, ni tampoco para divertirse, sino porque debe de tener dentro una gran claridad y una gran seguridad.

—No te lo discuto. Pero no todo el mundo reacciona igual. Y si uno es delicado y sensible como tú, no soporta el espectáculo.

—O tal vez sí. Si es que sabe o posee algo que es mucho mejor que la delicadeza y la sensibilidad, no todo el mundo reacciona igual, desde luego, pero la verdad es la misma para todos.

—¡Ah, la verdad! ¿Cómo puede uno saber que ésos que andan por ahí con sus aleluyas poseen la verdad?

—Eso no se sabe, tienes razón. Pero yo sólo digo que si un día descubro que la verdad está ahí, también yo la seguiré.

—¡Ah, si un día…! Pero tú estás descubriendo una sabiduría nueva todos los días de la que al siguiente te desdices.

Él me miró dolido.

—Eso que has dicho está muy mal.

Yo fui a pedirle perdón, pero él me atajó con un ademán y se quedó quieto. Al poco me dio las buenas noches en voz baja y se echó, pero no creo que durmiera enseguida. Yo también estaba desvelado y me quedé más de una hora apoyado en los codos, mirando la tierra oscura.

A la mañana siguiente, en seguida vi que Knulp tenía uno de sus días buenos. Así se lo dije y él me miró con sus ojos brillantes e infantiles y dijo:

—Acertaste. ¿Y sabes tú a qué se debe que uno tenga a veces un día tan bueno?

—¿A qué?

—A que uno a dormido bien y ha tenido hermosos sueños. Pero uno no consigue acordarse de lo que ha soñado. Eso me ocurre hoy a mí. He soñado cosas alegres y estupendas pero lo he olvidado todo; sólo sé que ha sido fantástico.

Y antes ya de que llegáramos al pueblo siguiente y bebiéramos la lecha matutina, él había cantado con su voz cálida, ligera y natural, tres o cuatro canciones nuevecitas al aire límpido de la mañana. Tal vez escritas sobre el papel aquellas canciones dirían poco. Pero si bien Knulp no era un gran poeta, un pequeño poeta sí era y, cuando las cantaba él, sus cancioncillas podían compararse con las más hermosas. Y algunas estrofas que conservo son realmente hermosas y aún me parecen de gran valor. Nada se ha escrito sobre ellas, y sus letrillas nacían y morían libre y caprichosamente, como sopla la brisa, pero nos alegraron muchos cuartos de hora, no sólo a él y a mí sino a otros muchos, niños y viejos.

Pulido y endomingado
como una damisela
asoma sobre los abetos
su cara ufana y roja.

Así cantaba aquella mañana al sol, que aparecía y era ensalzado en casi todas sus canciones. Y era curioso que, con lo mucho que especulaba al hablar, sus coplas fueran tan despreocupadas y retozonas como niños recién lavados vestidos de verano. Muchas eran jocosas e insubstanciales y sólo servían para dar salida a su desbordante alegría.

Aquel día se me contagió su buen humor. Saludábamos y embromábamos a todos los que se cruzaban con nosotros, de manera que a nuestro paso unos reían y otros maldecían, y todo el día se nos pasó como una fiesta. Nos contamos chistes y travesuras de nuestra época del colegio, pusimos motes a los campesinos que pasaban por nuestro lado y a veces también a sus caballos y sus bueyes, comimos grosellas robadas hasta saciarnos, apoyados en una cerca escondida y casi a cada hora nos tomamos un descanso para reponer fuerzas y preservar las suelas de las botas.

Me parecía que, en toda nuestra aún reciente amistad, no había visto a Knulp tan alegre y simpático, y me alegraba pensar que a partir de aquel día nuestra camaradería sería más estrecha y nuestras andanzas, más alegres.

A mediodía hacía bochorno, y holgamos más que anduvimos. Al atardecer las nubes amenazaban tormenta, y decidimos buscar un techo para la noche.

Knulp estaba ahora menos hablador y parecía un poco cansado, pero yo apenas reparaba en ello, porque él seguía riendo de buena gana y coreaba mis cantos y yo, más alegre que nunca, sentía encenderse en mi interior las chispas del júbilo. Quizá a Knulp le ocurría todo lo contrario, quizá sus luces de fiesta empezaban a palidecer. Por aquel entonces, a mí solía sucederme que en los días alegres, con la llegada de la noche, crecía mi animación y me era imposible contenerme, e incluso muchas noches, después de la jarana, vagaba solo durante horas, mientras los demás, fatigados ya dormían.

También entonces me invadió la euforia vespertina y, al aproximarnos a un pueblo grande, situado en el fondo de un valle, me las prometía muy felices para aquella velada. Ante todo, buscamos cobijo para la noche y elegimos un granero un tanto apartado pero de fácil acceso. Luego entramos en el pueblo y nos sentamos en el jardín de una bonita hostería. Pues yo invitaba a mi amigo a una tortilla y unas cervezas, para festejar nuestro buen humor.

Knulp aceptó la invitación encantado. Pero, al sentarnos a la mesa bajo un hermoso plátano, dijo, un tanto violento:

—Tú, poca bebida, ¿eh? Una cerveza me gusta y me sienta bien, pero más no puedo; me hace daño.

Yo no contesté, pensando: Beberemos lo que nos apetezca, sea mucho o poco. Comimos la tortilla calentita, con pan tierno de centeno, y yo pedí ya una segunda botella cuando Knulp iba todavía por la mitad de la primera. Al verme otra vez sentado a una buena mesa, como un potentado, me sentía gozoso, y me dispuse a saborear largamente aquel placer.

Cuando Knulp hubo terminado su botella, a pesar de mis ruegos, no quiso pedir otra y me propuso ir a dar una vuelta por el pueblo y acostarnos temprano. No eran éstos mis planes, pero no quería contrariarle. Y, puesto que todavía no había vaciado mi botella, no me opuse a que él se adelantara. Ya nos encontraríamos después.

Y se marchó. Yo le seguí con la mirada mientras él, con su paso sosegado de sábado por la noche y una margarita en la oreja, bajaba los tres o cuatro escalones que conducían a la calle y se adentraba en el pueblo. Y, aunque me apenaba que no quisiera vaciar otra botella en mi compañía, pensé observándole afectuosamente: ¡Buen muchacho!

A pesar de que ya se había puesto el sol, el bochorno iba en aumento. Con un tiempo semejante deba gusto saborear despacio una bebida fresca después de cenar, y me dispuse a quedarme allí un buen rato. Dado que o era casi el único cliente, a la camarera no le faltó ocasión para charlar conmigo. Le pedí que me trajera dos cigarros, con intención de guardar uno para Knulp, pero en seguida olvidé mis propósitos y me fumé los dos. Al cabo de una hora, volvió Knulp y trató de llevárseme. Pero yo estaba muy bien allí sentado. Ahora bien, ya que él estaba cansado y tenía sueño, acordamos que él se fuera a nuestro refugio y se acostara. Y se fue. La camarera en seguida empezó a preguntar cosas acerca de mi amigo. Y es que todas las muchachas se quedaban prendadas de Knulp. A mí no me importó, ya que él era mi amigo y ella no era mi novia; es más, hice de él grandes elogios, pues estaba contento y en paz con todo el mundo.

Empezaba a tronar y el viento agitaba las hojas del plátano cuando, ya muy tarde, me decidí por fin a marchar. Di a la muchacha diez pfenning y, sin prisas, me puse en camino. Cuando eché a andar, me di cuenta de que había bebido demasiado, pues últimamente había perdido la costumbre. Pero ello únicamente me servía de regocijo, porque yo tenía buen aguante y estuve cantando durante todo el trayecto, hasta llegar a nuestro refugio. Subí sin hacer ruido y encontré a Knulp ya dormido. Estaba en mangas de camisa, echado encima de su chaqueta marrón extendida sobre la paja y respiraba acompasadamente. Su frente, su garganta y su mano abierta refulgían pálidamente en la penumbra mate.

Yo me tumbé vestido, pero la excitación y la pesadez de cabeza me impedían conciliar el sueño. Ya empezaba a clarear cuando por fin me sumí profundamente en una densa modorra. Era un sueño inerte, pero no reparador. Yo estaba insensible, embotado, y tenía confusas pesadillas.

Al día siguiente, me desperté tarde y la luz me hirió en los ojos. Tenía la cabeza hueca y dolorida y las piernas pesadas. Bostecé largamente, me froté los ojos y extendí los brazos hasta hacer crujir las articulaciones. Pero, a pesar del cansancio, conservaba todavía un resto, como un eco, de la alegría de la víspera y estaba seguro de poder librarme de mi pequeño malestar en la primera fuente de agua clara.

Pero no fue así. Al mirar en derredor, no vi a Knulp. Sin inquietud alguna al principio, le llamé a voces y silbidos. Pero, al ver que mis llamadas, silbidos y búsquedas resultaban vanos, comprendí de pronto que se había marchado. Sí; se había ido sigilosamente. Ya no quería seguir a mi lado. Quizá le había disgustado mi

forma de beber de la víspera; quizá hoy le pesaba su desenfado del día anterior; quizás era un golpe de genio; quizás no le agradaba mi compañía o quizá de pronto, sintió la necesidad de estar solo. Pero, en lo que fuere, tenía que haber influido mi forma de beber.

Me abandonó la alegría y sentí vergüenza y tristeza. ¿Dónde estaba mi amigo? A pesar de lo que decía él, yo creía comprender un poco su alma, estar compenetrado con él. Knulp se había ido dejándome solo y desengañado, y yo comprendía que mía era toda la culpa. Ahora conocería la soledad en la que, según Knulp, todos teníamos que vivir, y en la que yo no había querido creer. Era amarga la soledad, y no sólo me lo pareció aquel primer día. Después ha habido épocas en las que se ha mitigado, pero del todo no me ha abandonado nunca más.

EL FIN

Era un claro días de octubre; leves y caprichosas ráfagas de viento movían el aire diáfano y soleado. De los campos y jardines se elevaban las onduladas cintas azul pálido de los fuegos del otoño, impregnando la resplandeciente campiña de olor penetrante y dulzón de hojarasca y ramas quemadas. En los jardines del pueblo florecían los ásteres de colores vivos, las pálidas rosas tardías y las dalias, y en las cercas llameaba todavía, entre las hojas lánguidas y blanquecinas, alguna que otra flor de la neguilla.

Por el camino de Bulach avanzaba al paso el carricoche del doctor Machold. Iba subiendo la cuesta: a la izquierda, prados recién segados y campos de patatas en plena recolección; a la derecha, un bosque de abetos jóvenes, muy juntos, medio ahogados, formando una pared parda de troncos y ramas secas, sobre una tierra cubierta por una tupida alfombra de agujas. El camino subía en línea recta hacia el límpido cielo otoñal, como si allí tuviera el mundo su fin.

El doctor sostenía las riendas flojas, dejando que el viejo caballo fuera a su aire. Venía de visitar a una moribunda por la que ya nada podía hacerse y que había luchado tenazmente hasta el último momento. Estaba fatigado y gozaba con el sosegado viaje; con el pensamiento aletargado, se dejaba arrastrar pasivamente por la sugestión que ejercía en él el olor de las fogatas, que despertaba gratos recuerdos de fiestas otoñales de su época estudiantil y de su primera infancia, con trazos y resonancias indefinidos. Porque él se había criado en el campo y era muy sensible a los signos de las estaciones y a las labores de casa una de ellas.

Casi se había quedado dormido cuando la súbita parada del carricoche le hizo sobresaltarse. Atravesaba el camino un canalillo en el que se habían atascado las ruedas delanteras y el caballo detuvo el paso, agradecido, agachó la cabeza y disfrutó del descanso mientras esperaba.

El repentino silencio de las ruedas acabó de despertar a Machold, que recogió las riendas, miró sonriendo al bosque y al cielo que, tras aquellos minutos de ofuscación, volvían a resplandecer a la luz del sol, y animó al caballo a reanudar la marcha haciendo chasquear la lengua de un modo familiar. Luego se irguió en el asiento; no le gustaba amodorrarse durante el día. Encendió un cigarro. Lentamente, prosiguió el viaje. Dos mujeres, tocadas con grandes sombreros, le saludaron desde un campo, detrás de una larga hilera de sacos de patatas.

Se acercaban a lo alto de la cuesta, y el caballo alzaba la cabeza alegremente al saber próxima la larga bajada por la que podría trotar hasta la cuadra. Entonces, por el cercano y claro horizonte, apareció un hombre, un caminante, que durante un momento se destacó nítidamente sobre el azul y, al empezar a bajar, se hizo gris y pequeño. Ya estaba cerca. Era delgado, con barbita y ropa vieja, sin duda un trotamundos. Andaba con paso lento y cansino, pero se quitó el sombrero y saludó ceremoniosamente.

—Buenos días —respondió el doctor Machold, siguiendo con la mirada al desconocido que acababa de pasar por su lado.

De pronto, el médico tiró de las riendas, paró el coche y, poniéndose de pie para mirar por encima de la capota de piel, gritó:

—¡Eh! ¡Usted! ¡Vuelva aquí!

El polvoriento caminante se detuvo y miró atrás. Sonrió débilmente y se volvió, como disponiéndose a seguir su camino, pero luego cambió de idea y volvió sobre sus pasos obedientemente.

Se quedó al lado del humilde coche, con el sombrero en la mano.

—¿Adónde va usted, si me permite la pregunta? —gritó Machold.

—Camino adelante, hacia Berchtoldsegg.

—¿No nos conocemos? Ahora mismo no recuerdo su nombre. Pero usted sabe quién soy, ¿no?

—Si no me equivoco, usted es el doctor Machold.

—Eso es. Pero, ¿y usted? ¿Cómo se llama?

—El señor doctor me reconocerá en seguida. Solíamos sentarnos uno al lado del otro en la clase del profesor Plocher, doctor, y usted me copiaba los ejercicios de latín.

Machold había bajado del coche rápidamente y miraba a los ojos al hombre. Luego, echándose a reír, le golpeó en un hombro.

—¡Es verdad! —dijo—. Con que tú eres el célebre Knulp, y tú y yo fuimos condiscípulos. Venga esa mano, amigo. Hacía por lo menos diez años que no nos veíamos. ¿Sigues viajando?

—Sigo viajando. Y es que cuando uno se hace viejo le cuesta cambiar de hábitos.

—Es verdad. ¿Y adónde vas ahora? ¿Vuelves a tu tierra?

—Acertaste. Voy a Gerbersau. Tengo que resolver allí un pequeño asunto.

—Vaya, vaya. ¿Vive todavía alguien de los tuyos?

—Nadie.

—Muy joven no pareces, Knulp. Y sin embargo debes de andar por los cuarenta, como yo. Y no está bien que quisieras pasar sin darte a conocer. Mira, además, me parece que no te vendría mal que te viera un médico.

—¡Bah! No me pasa nada; pero, si algo me pasa, no es cosa que pueda curar un médico.

—Eso está por ver. Ahora sube, ven conmigo y así podremos hablar mejor.

Knulp dio un paso atrás y volvió a ponerse el sombrero. Cuando el médico quiso ayudarle a subir al coche, él se resistió, violento.

—Ah, si no es más que eso, también podemos charlar aquí, que el caballo no se te escapa.

Entonces tuvo un acceso de tos, y el médico, que ya sabía lo que le ocurría, lo

agarró sin más y lo sentó en el carricoche.

—Bien —dijo Machold, arreando al caballo—. Ya estamos arriba. Desde aquí se puede ir al trote y antes de media hora estamos en casa. Con esa tos, más vale que no hables ahora. Ya charlaremos en casa… ¿Cómo…? Nada, ni hablar. Los enfermos, a la cama, no al camino. Mira, antes tú me ayudabas en latín, ahora me toca a mí.

Coronaron el collado y empezaron a bajar por la otra pendiente, acompañados del chirrido del freno. Por encima de las copas de unos frutales asomaban los tejados de Bulach. Machold llevaba las riendas tirantes e iba atento al camino y Knulp, cansado, se abandonaba con involuntario deleite al placer de viajar en carruaje y a aquella hospitalidad impuesta por la fuerza. Mañana, pensaba, o pasado mañana a lo más tardar, seguiré viaje hacia Gerbersau, si los huesos resisten todavía. Ya no era un mozalbete para el que no contaban los días ni los años, sino un hombre viejo y enfermo que no tenía más deseo que el de volver a su tierra antes del fin.

Cuando llegaron a Bulach, su amigo lo llevó a la sala y le dio leche y pan con jamón. Los dos hombres charlaban ya con la confianza de antaño. Entonces fue cuando el médico empezó su interrogatorio y el enfermo, complaciente y un poco burlón, se avino a soportarlo.

—¿Tú sabes lo que tienes? —preguntó Machold al terminar el reconocimiento. Hablaba con naturalidad, sin darse importancia, y Knulp se lo agradeció.

—Sí, Machold, lo sé. Es tuberculosis. Y también sé que ya no duraré mucho.

—Bah, eso no se sabe. Pero debes comprender que tienes que cuidarte. De momento y hasta que te encuentre una cama en el hospital, te quedas en mi casa. Tú no estás bien, amigo, y tienes que procurar salir de ésta.

Knulp volvió a ponerse la chaqueta. Miró al médico con una expresión zumbona en su rostro flaco y descolorido y dijo apaciblemente:

—Te tomas muchas molestias, Machold. Sea lo que tú quieras. Pero no esperes demasiado de mí.

—Ya veremos. Ahora te sientas en el jardín, al sol, mientras lo haya. Lina te preparará la habitación de los huéspedes. Tenemos que cuidarte, Knulplein. Que un hombre como tú, que ha pasado toda la vida al sol y al aire libre, vaya a enfermar del pulmón, no tiene sentido.

Y el doctor se marchó.

Lina, el ama de llaves, protestó porque semejante vagabundo fuera a instalarse en el cuarto de los huéspedes. Pero el doctor la atajó.

—Basta, Lina. A ese hombre no le queda mucho tiempo de vida. Hay que procurar que, por lo menos, pase con nosotros unos días agradables. Además, siempre fue muy limpio y antes de que se acueste lo meteremos en el baño. Dele uno de mis camisones y quizá también mis zapatillas de invierno. Y no olvide que ese hombre es amigo mío.

Knulp durmió once horas y se quedó en la cama, dormitando, durante toda aquella mañana de niebla. Le costó trabajo recordar dónde estaba. Cuando salió el sol, Machold le dio permiso para que se levantara y ahora estaban los dos sentados en la soleada terraza, tomando una copa de vino tinto después de la comida. Knulp después de la buena comida y de la media copa de vino estaba alegre y locuaz, y el médico se había tomado una hora para poder charlar con su extraño ex condiscípulo y tal vez averiguar algo sobre su extraordinaria vida.

—Vamos, que estás contento de la vida que has llevado —dijo sonriendo—. Entonces no se hable más. De lo contrario, diría: Lástima de chico. Tampoco tenías que hacerte cura o maestro, pero quizás habrías podido ser naturalista o poeta. No sé si habrás cultivado y aprovechado tus cualidades, pero las has utilizado para ti solo, ¿no?

Knulp apoyó en la palma de la mano su mentón cubierto de fina barba y se quedó mirando los puntitos de luz roja que bailoteaban en el soleado mantel, al pie de la copa de vino.

—Eso no es del todo cierto —dijo lentamente—. Esas cualidades, como tú las llamas, no son nada extraordinario. Sé silbar un poco, toco el manubrio, también ha hecho versos de vez en cuando, antes era buen corredor y no bailaba mal. Eso es todo. Pero con estas cosas no me divertía yo solo; casi siempre tenía conmigo algún amigo, una muchacha, niños, que también se divertían y me lo agradecían. Con que vamos a dejarlo y no se hable más.

—Sí —dijo el médico—; será mejor. Pero una cosa sí quiero preguntar. Tú y yo fuimos juntos hasta la quinta clase de la escuela de bachillerato y me consta que eras un buen estudiante, aunque no un alumno modelo. Pero entonces, de la noche a la mañana, desapareciste y nos dijeron que ibas a la escuela profesional y entonces dejamos de vernos, porque yo, un futuro bachiller, no podía ser amigo de alguien que fuera a la profesional. ¿Qué ocurrió? Después, cada vez que oía hablar de ti, pensaba: si hubiera seguido con sus estudios, todo habría sido distinto. Cuenta, ¿qué ocurrió? ¿Se te quitaron las ganas de estudiar o tu padre no quiso seguir pagándote los estudios?

El enfermo levantó la copa con su mano flaca y morena, pero no bebió sino que miró a través del vino verde del jardín y, con todo cuidado, volvió a dejar la copa en la mesa. Luego, cerró los ojos y guardó silencio, pensativo.

—¿Te molesta hablar de ello? —preguntó su amigo—. Pues dejémoslo.

Entonces Knulp abrió los ojos y le miró fija y atentamente a la cara.

—No —dijo, titubeando todavía—; dejarlo, no. No se lo he contado a nadie, pero quizás haya llegado el momento de explicarlo. Es, sencillamente, una niñería, pero para mí fue muy importante y me dio mucho que pensar durante años. Es curioso que tú hayas ido a preguntarme por eso.

—¿Por qué?

—Porque últimamente me ha dado por volver a pensar en ello y ése es precisamente el motivo de que ahora esté camino a Gerbersau.

—Cuenta pues.

—Es verdad, Machold, que tú y yo éramos buenos amigos, por lo menos, hasta la tercera o cuarta clase. Después nos distanciamos y muchas veces tú silbaste en vano a la puerta de mi casa.

—¡Cielo santo! Tienes razón. Hace más de veinte años que no pensaba en eso. ¡Qué memoria tienes, chico! ¿Qué más?

—Ahora puedo decirte lo que pasó. La culta la tuvieron las chicas. A mí se me despertó muy pronto la curiosidad por las chicas y tú todavía creías en la cigüeña y en la fuente que mano niños cuando yo ya estaba más o menos enterado de lo que hay entre los chicos y las chicas. Eso era para mí lo más importante y por ello dejé de jugar a los indios con vosotros.

—Pero entonces tú tenías doce años, ¿no?

—Casi trece. Soy un año mayor que tú. Una vez que estuve enfermo en cama estaba de visita en mi casa una prima que tenía tres o cuatro años más que yo. A la chica le gustaba jugar conmigo y cuando me curé una noche entré en su cuarto. Entonces supe cómo es una mujer y me asusté de tal modo que salí corriendo. No quería ni cruzar palabra con mi prima. Le tomé ojeriza. Tenía miedo de ella, pero aquello se me había quedado grabado en la cabeza y a partir de entonces durante un tiempo no hacía más que andar detrás de las chicas. El curtidos Haasis tenía dos hijas de mi misma edad y en el vecindario había otras muchachas con las que jugábamos al escondite en el sótano, con muchas risas y muchas cosquillas y muchos secretos. Casi siempre, yo era el único chico de la pandilla, y a veces podía hacerle la trenza a una, u otra me daba un beso… éramos todos unos chiquillos y no sabíamos nada con certeza, pero estábamos siempre a vueltas con el enamoramiento. Cuando ellas iban a bañarse, yo me escondía entre los arbustos y las espiaba. Un día vino una nueva, una chica del arrabal, hija de un tejedor de punto. Se llamaba Franziska y en seguida me gustó.

El médico le interrumpió:

—¿Cuál era el apellido del padre? Tal vez la conozca.

—Eso, discúlpame, pero prefiero no decírtelo, Machold. No hace al caso y no quiero que se sepa quién es ella. Bueno, sigamos. Era más alta y más fuerte que yo. Solíamos agarrarnos y forcejear y cuando ella me apretaba contra sí hasta hacerme daño, a mí todo me daba vueltas y me sentí a gusto como cuando te emborrachas. Me enamoré de Franziska, y como ella, que tenía dos años más que yo, siempre estaba hablando de que pronto tendría novio, mi único deseo era ser yo ese novio. Un día estaba sola en el jardín del curtidor, sentada junto al arroyo, con los pies en el agua.

Se había bañado y sólo llevaba puesta la camisola. Yo me senté a su lado. De pronto, me sentí valiente y le dije que yo quería y debía ser su novio. Pero ella me miró con sus ojos castaños llenos de compasión y me dijo: «Tú no eres más que un mocoso de pantalón corto. ¿Qué sabes tú de novios ni de amores?». Yo le dije que sabía todo lo que había de saber y que si no quería ser mi novia la tiraba al río y yo con ella. Entonces se me quedó mirando con ojos de mujer y dijo: «Ahora veremos, ¿tú sabes besar?». Yo le dije que sí y rápidamente le di un beso en los labios, pensando que ya había cumplido, pero ella me agarró por la cabeza y me besó de verdad, como una mujer, y a mí me zumbaron los oídos y se me nubló la vista. Entonces ella se echó a reír y dijo con voz un poco ronca: «Podrías pasar, chiquillo. Pero no. Yo no quiero un novio bachiller. Mi novio tiene que ser un hombre de verdad, un artesano, un obrero, nada de sabios. Lo siento, no puede ser». Pero ella me tenía contra su regazo y era tan hermoso sentirla en la brazos tan prieta y cálida que se me hacía imposible pensar siquiera en soltarla. Así que prometí a Franziska no volver a la escuela de bachillerato y hacerme artesano. Ella se reía pero yo porfiaba y al fin volvió a besarme y me prometió que, si dejaba el bachillerato, ella sería mi novia y me haría muy feliz.

Knulp estuvo tosiendo un rato. Su amigo le miraba atentamente y los dos callaban. Luego, Knulp prosiguió:

—Conque ahora ya conoces la historia. Naturalmente, las cosas no ocurrieron tan aprisa como te las he contado. Mi padre, cuando le dije que no podía volver a la escuela de bachillerato, me dio dos soberanas bofetadas. Yo no sabía qué hacer. A veces, de buena gana hubiera prendido fuego a la escuela. Eran ideas infantiles, pero para mí se trataba de algo trascendental. Por fin se me ocurrió cuál podía ser la solución. Sencillamente, dejé de estudiar. ¿No te acuerdas?

—Ahora recuerdo. Hubo una temporada en la que te castigaban casi todos los días.

—Sí. Me escabullía de las clases y contestaba mal. No hacía los deberes y perdía los cuadernos. Cada día ocurría algo. Acabé por tomarle el gusto. Lo cierto es que les amargaba la vida a los maestros. De todos modos, el latín y todo lo demás habían dejado de interesarme. Tú ya sabes que yo tuve siempre la cabeza muy dura y cuando se me metía algo entre ceja y ceja, para mía, como si no hubiera otra cosa en el mundo. Me ocurrió con la gimnasia y luego con la pesca de truchas, y con la botánica. Pues ahora era lo mismo con las chicas, y mientras no me hube fogueado y acumulado experiencia, eso fue lo único importante para mí. Y es que es estúpido pasarte horas sentado en un banco de la clase, haciendo declinaciones, cuando lo que de verdad te interesa es pensar en lo que viste la víspera cuando las chicas se bañaban. ¡En fin, no sé! Tal vez los maestros lo comprendían. En general, me tenían simpatía y procuraban protegerme, y quizás yo hubiera acabado por abandonar mi empeño. Pero entonces me hice amigo del hermano de Franziska. Él iba a la última

clase de la escuela pública y era un mal sujeto. De él aprendí muchas cosas, pero ninguna buena. Por su culpa tuve que sufrir mucho. Al cabo de seis meses, había conseguido mi propósito. Mi padre me dio una paliza que me dejó medio muerto, pero me habían expulsado de la escuela y ahora iba a la misma clase que el hermano de Franziska.

—¿Y ella? ¿Y la chica? —preguntó Machold.

—Sí; eso fue lo más triste. A pesar de todo, no quiso ser mi novia. Ahora, cuando yo volvía de la escuela con su hermano, ella me trataba peor, como si ahora yo fuera menos que antes, y, a los dos meses de ir a la nueva escuela, descubrí la verdad. Yo solía escurrirme de casa al anochecer para vagar por las calles y una tarde, a última hora, rondando por el bosque de Rieder como tantas otras veces, descubrí en un banco a una pareja de enamorados. Al acercarme vi que era Franziska, que estaba con un mecánico. Ellos no se fijaron en mí. Él le rodeaba el cuello con el brazo y tenía un cigarrillo en la mano. Ella tenía toda la blusa desabrochada, en fin, un asco. O sea que todo había sido en vano.

Machold dio a su amigo unas palmadas en el hombro.

—Bueno, hombre, quizá fuera mejor así.

Peno Knulp sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, eso no. Aún hoy daría la mano derecha para que las cosas hubieran ocurrido de otro modo. Tú no digas nada en contra de Franziska; yo no la culpo de nada. Si las cosas hubieran salido bien, yo habría conocido el amor de una forma hermosa y con gran ventura, y quizá ello me habría permitido encajar en la nueva escuela y ponerme a bien con mi padre. Y es que… ¿cómo te diría…? Mira, desde entonces he tenido muchos amigos, y conocidos y camaradas, pero nunca más me he fiado de la palabra de una persona, ni me he comprometido con nadie. Nunca más. Yo he vivido a mi manera, y no me ha faltado la libertad ni la belleza, pero siempre estuve solo.

Tomó la copa, bebió parsimoniosamente el último trago y se levantó.

—Si me lo permites, volveré a acostarme. Nunca me ha gustado hablar de estas cosas. Y tú tendrás que hacer.

El médico asintió.

—¡Otra cosa, tú! Hoy escribiré al hospital para pedir una cama. Aunque no te guste, no hay más remedio. Si no te cuidas, pronto hincarás el pico.

—¡Y qué! —exclamó Knulp con una vehemencia insólita—. Pues deja que lo hinque. Ya no hay nada que hacer y eso lo sabes tú muy bien. ¿Por qué habría de dejar que me encerraran ahora?

—¡No es eso, Knulp, sé razonable! Valiente médico sería yo si te dejara ir por el mundo en ese estado. En Oberstetten tendrán sitio para ti. Además, llevarás una carta mía y dentro de ocho días yo iré a verte, te lo prometo.

El vagabundo volvió a sentarse. Parecía a punto de echarse a llorar y se frotaba las delgadas manos como si tuviera frío. Luego miró al médico a los ojos con expresión infantil y suplicante.

—Bueno —susurró—. No está bien que me porte así contigo, después de lo que has hecho por mí, si hasta me has obsequiado con vino tinto… Demasiado bueno y demasiado fino para mí. No te enfades, pero quiero pedirte un gran favor.

Machold le dio una afectuosa palmada en el hombro.

—¡No te apures, viejo! Nadie va a pegarte. Vamos, di lo que sea.

—¿No estás enfadado conmigo?

—¡Quiá! ¿Por qué iba a estarlo?

—Entonces, Machold, te lo ruego, tienes que hacerme un gran favor. ¡No me envíes a Oberstetten! Si he de ir a un hospital, por lo menos que sea al de Gerbersau. Allí me conocen, aquélla es mi tierra. Y quizá para la beneficencia sea mejor, porque al fin y al cabo, yo nací allí…

Había en sus ojos una súplica apremiante, y, de la emoción, casi no podía hablar.

Tiene fiebre, pensó Machold. Y dijo con calma:

—Si no es más que eso, tiene fácil arreglo. De acuerdo, escribiré a Gerbersau. Ahora acuéstate, estás cansado de tanto hablar.

Le siguió con la mirada, mientras Knulp entraba en la casa arrastrando los pies y, de pronto, le vino a la memoria el verano en el que Knulp le enseñó a pescar truchas, recordó el aplomo y la seguridad con que trataba a sus camaradas, el vigor y la vivacidad del guapo arrapiezo de doce años.

¡Pobre muchacho!, pensó, con una emoción que le contrarió. Y se levantó rápidamente, para ir a sus ocupaciones.

La mañana siguiente amaneció con niebla y Knulp se quedó en la cama todo el día. El médico le llevó unos libros que él apenas hojeó. Estaba triste y malhumorado, porque desde que recibía cuidados y atenciones, disponía de una buena cama y comía exquisitos platos, advertía con más claridad que nunca se acercaba el fin.

Como continúe aquí echado, ya no me levanto, pensaba contrariado. No era que temiera la muerte; durante los últimos años, el camino había perdido mucho de su encanto. Pero no quería morir sin volver a ver Gerbersau, sin despedirse en silencio del río y del puente, de la plaza del mercado y del jardín de su padre, y ¿por qué no?, de la tal Franziska. Los amores que tuvo después estaban olvidados, ya hasta sus años de viajes le parecían ahora grises e insípidos, mientras que la época misteriosa de la niñez tenía nuevo colorido y encanto. Contempló atentamente la sencilla habitación; hacía muchos años que no vivía con tantas comodidades. Miraba y palpaba como un experto el tejido de las sábanas, la suave manta de lana cruda, las finas fundas de almohada. Le interesaba también el suelo de madera dura y la fotografía de la pared, del palacio ducal de Venecia, con su marco de mosaico vidriado.

Luego se quedó quieto, con los ojos abiertos pero sin ver, cansado y sólo atento a lo que en silencio estaba ocurriendo en su cuerpo enfermo. Pero de pronto de incorporó, sacó medio cuerpo de la cama y agarró rápidamente las botas para examinarlas atentamente con ojos competentes. Ya estaban viejas, pero era octubre y hasta las primeras nieves resistirían. Después, todo habría terminado. Se le ocurrió que podía pedir a Machold un par de zapatos viejos. Pero no; eso le haría desconfiar. En el hospital no se necesitan zapatos. Pasó con delicadeza la yema de los dedos sobre los puntos en los que el cuero iba a ceder. Si lo untaba de grasa, aún resistiría por lo menos un mes. No tenía por qué preocuparse; seguramente aquellas viejas botas durarían más que él y seguirían caminando cuando él ya hubiera desaparecido del camino.

Knulp dejó caer las botas y trató de respirar hondo; pero le dolía el pecho y empezó a toser. Luego se quedó esperando, inmóvil, respirando con cuidado y temiendo ponerse peor antes de haber podido cumplir su último deseo.

Trató de pensar en la muerte, como tantas otras veces, pero se le cansó la cabeza y se quedó amodorrado. Al despertar, al cabo de una hora creyó haber dormido varios días y se sintió fresco y descansado. Pensó en Machold y se le ocurrió que antes de irse debía dejarle una prueba de agradecimiento. Podría escribirle alguna poesía, ya que la víspera el doctor le había preguntado por ellas. Pero no recordaba ninguna completa, y ninguna le gustaba. Por la ventana veía el bosque y la niebla y estuvo contemplándolos un rato, hasta que le vino a la mente un pensamiento. Con el cabo de lápiz que la víspera había encontrado por la casa y se había guardado, escribió unas líneas en el blanco papel que forraba el cajón de la mesilla de noche:

Todas las flores
han de marchitarse
cuando llega la niebla
y todos los hombres
han de morir
y bajar a la tierra.
También los hombres son flores,
todos vuelven
con la primavera.
Nunca más enferman,
y todo se perdona.

Knulp leyó lo que había escrito. No era una poesía, no rimaba, pero expresaba todo lo que él quería decir. Y, humedeciendo la punta del lápiz con los labios, escribió al pie: «Para el distinguido doctor Machold, con el agradecimiento de su amigo K.»

Luego, volvió a poner el papel en el cajoncito.

Al día siguiente, la niebla era aún más espesa, pero el aire, más fresco, presagiaba sol para la tarde. El doctor dio permiso a Knulp para que se levantara, ya que tanto se lo suplicaba, y le dijo que había encontrado sitio para él en el hospital de Gerbersau, donde ya le esperaban.

—Pues, en cuanto haya comido me voy —dijo Knulp—. Tardaré por lo menos cuatro horas o cinco.

—¡Lo que faltaba! —exclamó Machold, riendo—. Tú ahora no puedes viajar a pie. Si no encontramos otro medio de transporte, yo te acompañaré con el coche. De todos modos, he mandado recado al alcalde, que suele llevar fruta y patatas a la ciudad. Tampoco importa, día más o menos.

El invitado se avino a esperar, y cuando supieron que al día siguiente el mozo del alcalde tenía que llevar dos terneras a Gerbersau, quedó decidido que Knulp iría con él.

—Pero necesitas una chaqueta más gruesa —dijo Machold—. ¿Quieres una de las mías? ¿No te estará grande?

Knulp no rehusó. Cuando le trajeron la chaqueta, se la puso y dio la aprobación. Y, al ver que la prenda era de buen paño y estaba muy bien conservada, Knulp, cediendo una vez más a su pueril vanidad, se empeñó en cambiarle los botones. El doctor, divertido, accedió y, además, le regaló un cuello de camisa. Por la tarde, a solas, Knulp se probó su ropa nueva y, al verse tan elegante, sintió haber descuidado el rasurado en los últimos tiempos. No se atrevió a pedir al ama de llaves los útiles de afeitar del doctor, y decidió tantear al herrero del pueblo, que era conocido suyo.

No tardó en encontrar la herrería. A modo de saludo, dijo al entrar:

—¿No hay trabajo para un forastero?

El maestro herrero le miro con ojos fríos y penetrantes.

—Tú no eres herrero. A mí no me engañas —dijo, flemático.

—Acertaste —rió el trotamundos—. Tienes pupila, maestro, pero no me has reconocido. Yo he sido músico, ¿sabes?, y muchos sábados por la noche, en Heiterbach, tú has bailado al son de mi organillo.

El herrero frunció en entrecejo y siguió manejando la lima. Al cabo de un momento, llevó a Knulp hacia la luz y lo miró fijamente.

—Sí, ya recuerdo —rió brevemente—; tú eres Knulp. Pero, por lo que has cambiado, debe de hacer mucho que no nos vemos. ¿Qué te trae por Bulach? Puedo ofrecerte diez pfenning o un vaso de sidra.

—Eres muy espléndido, herrero, y te lo agradezco, pero es otra cosa lo que quiero. ¿Me prestas la navaja de afeitar un cuarto de hora? Esta noche voy al baile.

El herrero le amenazó con el índice.

—Eres un viejo farsante. No hay más que verte para comprender que el baile te

importa poco.

Knulp rió entre dientes.

—Eres muy astuto. Serías un buen magistrado. Verás, mañana voy al hospital, me envía Machold y, compréndelo, no quiero presentarme barbudo. Si me dejas la navaja, antes de media hora te la devuelvo.

—¿Y adónde piensas llevártela?

—A casa del doctor. Me alojo allí. ¿Qué, me la prestas?

El herrero recelaba; le parecía increíble lo que le decía.

—Bueno, te la presto. Pero no es una navaja corriente; tiene hoja vaciada de Solingen. Quiero volver a verla.

—Puedes estar tranquilo.

—Sí, claro. Esta chaqueta que llevas está muy bien, amigo. Mientras te afeitas no la necesitarás. Verás lo que vamos a hacer. Tú me dejas la chaqueta y, cuando me traigas la navaja, te la llevas.

El trotamundos hizo una mueca.

—Está bien. Muy generoso no eres, herrero, pero por mí no hay inconveniente.

El herrero fue en busca de la navaja y Knulp le dejó la chaqueta en prenda, pero sin consentir que el herrero la tocara con sus manos tiznadas. Y, al cabo de media hora, Knulp le devolvía la navaja de Solingen. Sin la barba de rastrojo tenía un aspecto muy distinto.

—No te falta más que un clavel en la oreja para ir de conquistas —dijo el herrero con admiración.

Pero Knulp no estaba de humor para chanzas. Volvió a ponerse la chaqueta, dio las gracias lacónicamente y se fue.

Al regreso, delante de la casa, encontró al médico, que le detuvo, sorprendido.

—¿Qué haces tú rondando por ahí? Chico, pareces otro. ¡Ah, es que te has afeitado! ¡Qué niño eres!

Pero estaba satisfecho, y aquella noche Knulp volvió a tomar vino tinto. Los dos antiguos discípulos celebraron la despedida y cada uno procuró comportarse con naturalidad, sin exteriorizar tristeza.

Por la mañana temprano, el mozo del alcalde detuvo ante la puerta el carro en el que llevaba, enjauladas, dos terneras de patas temblonas y ojos redondos, muy abiertos a la fría mañana. La primera escarcha cubría los campos. Sentaron a Knulp en el pescante, al lado del mozo, con una manta en las rodillas. El doctor le estrechó la mano y dio medio marco al mozo. El carro se alejó hacia el bosque rechinado, mientras su conductor encendía la pipa y Knulp, con ojos de sueño, parpadeaba al aire frío de la mañana azul pálido.

Después salió el sol y hacia mediodía hacía bastante calor. Los dos del pescante charlaban animadamente y, cuando llegaron a Gerbersau, el mozo quería dar un rodeo

con carro y terneras para dejar a Knulp delante del hospital. Pero el pasajero se opuso, y se despidieron amigablemente a la entrada del pueblo. Knulp siguió con la mirada al carro, hasta que éste se perdió de vista, por entre los arces, camino del mercado de ganado.

Knulp, sonriendo, se metió entre unos jardines, por un sendero que sólo conocían los del lugar. ¡Volvía a ser libre! Que le esperasen en el hospital.

Una vez más disfrutó, el que regresaba, de la luz y del aroma, de los rumores de su tierra y las sensaciones familiares, sugestivas y dulces, del hogar: el bullicio de gentes de campo y de ciudad en el mercado de ganado, la sombra afiligranada de los castaños cobrizos, el vuelo melancólico de las oscuras mariposas de otoño junto a la muralla, el rumor de la fuente de cuatro caños de la plaza del mercado, olor a vino y agudo martilleo en la madera que salía de la abovedada bodega del tonelero, nombres de calles archisabidos, cada uno con su cortejo multitudinario de recuerdos. El vagabundo saboreaba con todos los sentidos la magia diversa del encontrarse en casa, del conocer, saber y recordar, la familiaridad con cada esquina y cada guardacantón. Estuvo toda la tarde callejeando, incansable; acechó al afilador junto al río, observó al carpintero por la ventana del taller, leyó en rótulos pintados de nuevo los viejos apellidos familiares. En la plaza, hundió la mano en la pila de piedra de la fuente, aunque beber no bebió sino abajo, en la fuentecilla del abad, que manaba misteriosamente en la planta baja de una vieja casa, murmurando entre las losas, en la penumbra transparente de su pequeña gruta. Estuvo mucho rato en el río, apoyado en el pretil del puente de madera, viendo correr el agua que ondulaba las largas cintas oscuras de las algas, en la que los finos lomos de los peces se destacaban, negros y quietos, sobre los guijarros trémulos del fondo. Dio unos pasos por la vieja pasarela y, al llegar al centro, se arrodilló como hacía cuando era niño para sentir el suave y elástico balanceo del puentecillo.

Siguió paseando despacio, sin olvidarse de nada, ni del tilo de la iglesia con su pequeño prado, ni de la esclusa del molino de arriba, su lugar preferido para el baño. Se paró delante de la casita en la que viviera su padre y apoyó la espada un momento en la vieja puerta. Luego, buscó el jardín y, por encima de una cerca de alambre, nueva e insípida, contempló unas plantas desconocidas; pero las losas pulimentadas por la lluvia y el robusto ciruelo de la puerta eran los mismos. Aquí vivió Knulp sus mejores días, antes de hacerse expulsar de la escuela de bachillerato, aquí conoció la verdadera felicidad, la plena satisfacción, la dicha sin amarguras, el verano ubérrimo librado a su voracidad, la íntima y efímera dicha del jardinero que contempla y mina sus flores: el alegre botón de oro, la frondosa enredadera, el delicado pensamiento de terciopelo. Y las conejeras, y el taller, y la cometa, y canalillos hechos con el tronco hueco del saúco, y ruedas de molino de carretes de hilo, con las aspas de astillas. Ni

un tejado cuyo gato no conociera, ni un huerto cuya fruta no probara, ni un árbol al que no trepara y en cuya copa no tuviera en verde refugio. Este trozo de mundo había sido suyo, lo había conocido íntimamente, lo había amado; aquí cada mata y cada seto tenía para él un significado y una historia, cada aguacero y cada nevada le había hablado, aquí el aire y la tierra formaban parte de sus sueños y sus deseos, respondían a ellos y respiraban su misma vida. Y aún hoy, pensaba Knulp. Tal vez no hubiera allí propietario ni jardinero alguno que fuera más dueño de todo aquello que él, que lo apreciara más que él, a quien le dijera más, le respondiera más, le evocara más.

Por entre los tejados asomaba la fachada puntiaguda, estrecha y gris de una casa. Allí vivía en tiempos el curtidor Haasis y allí, con los primeros juegos secretos con las chicas, terminaron los placeres infantiles de Knulp. De allí regresaba al anochecer con los primeros atisbos de las delicias del amor, allí les soltaba las trenzas a las hijas del curtidor y se estremecía con los besos de la hermosa Franziska. Después, al anochecer, o tal vez mañana, entraría. Pero ahora aquellos recuerdos le atraían poco; de buena gana los habría cambiado por los de una hora en la época anterior, la de su infancia.

Más de una hora estuvo junto a la valla, mirando adentro, y lo que veía no era el jardín nuevo y extraño con sus arbustos jóvenes, ya otoñal y desolado. Él veía el jardín de su padre, y veía las flores de su infancia, en pequeños macizos, las aurículas plantadas del domingo de Pascual, las balsaminas esmaltadas, y los montoncillos de piedras en los que colocaba al lagarto cazado cien veces, contrariado porque no quería quedarse a vivir allí y ser su mascota: pero él no perdía la esperanza y seguía cazando y porfiando, ilusionado. Ya podrían regalarle ahora todas las casas, y los jardines, y todas la flores y los lagartos y los pájaros del mundo, que no serían nada comparados con el mágico brillo de una sola flor de aquéllas que entonces crecían en su jardín, y lentamente desplegaban sus pétalos. ¡Y aquellas matas de grosella, de la que él conservaba en la memoria hasta la última rama! Habían desaparecido, no eran eternas ni indestructibles, alguien las había arrancado y arrojado al fuego. Troncos, raíces y hojas secas habrían ardido, sin que nadie se lamentara.

Sí; por aquel entonces, Machold solía ir con él. Ahora era médico y todo un señor, y tenía una coche con el que iba a visitar a los enfermos, y desde luego, seguía siendo una persona buena y cabal; pero incluso él, incluso aquel hombre inteligente y fuerte, ¿qué era comparado con el de entonces, aquel chiquillo cándido, tímido, ansioso y expectante? Aquí le había enseñado Knulp a hacer jaulas para moscas y torres para saltamontes, porque él era el maestro, el mejor, más sabio y más admirado amigo de Machold.

La lila del vecino estaba vieja y tenía musgo por el tronco reseco, y el quiosco del jardín del otro lado se había derrumbado y ya podían levantar allí ahora lo que quisieran, que nada sería tan hermoso. Atardecía ya y empezaba a refrescar cuando

Knulp dejo el sendero herboso del jardín. En el campanario nuevo, que desfiguraba la silueta del pueblo, repicaba una campana desconocida.

Knulp entró en el jardín del curtidor. Era sábado y no se veía a nadie. Caminando sin ruido sobre el blando suelo de casca, por entre las grandes artesas donde se maceraban las pieles, se acercó al murete junto al que el oscuro rio se deslizaba sobre las piedras verdes de musgo. Allí se sentó él aquel anochecer con Franziska y los dos estuvieron chapoteando en el agua, descalzos.

Si ella no me hubiera dado vanas esperanzas, pensaba Knulp, todo habría sido diferente. Aunque hubiera dejado el bachillerato, habría tenido energía y voluntad para llegar a ser algo. ¡Qué clara y simple era la vida! Entonces él abandonó la lucha sin pedir nada, y la vida se avino al pacto y tampoco le exigió nada. Knulp se había excluido a sí mismo convirtiéndose en un vagabundo, un ave de paso, querido de todos en los días alegres de la juventud y solo en la enfermedad y la vejez.

Sintió un gran cansancio, se sentó en el murete, y las aguas oscuras del río murmuraban lúgubremente en sus pensamientos. Entonces, en un piso alto, se iluminó una ventana y él advirtió que se había hecho tarde y que no debían encontrarlo allí. Salió del jardín con sigilo, se abrochó la chaqueta y pensó en dónde dormiría aquella noche. Tenía dinero, el que le había dado Machold, de manera que, después de reflexionar, entró en una posada. Hubiera podido ir al Ángel o al Cisne, donde seguramente habría encontrado conocidos, pero no le apetecía.

En la ciudad habían cambiado muchas cosas. Antes hasta la menor de aquellas novedades le hubiera interesado, pero ahora no quería ver ni saber nada que no formara parte de los viejos tiempos. Y cuando, a pesquisas, se enteró de que Franziska ya no vivía, todo se borró y le pareció que había ido allí solo por ella. No; no tenía objeto deambular por las calles y los jardines escuchando las chanzas de los que le reconocían, y cuando, en el callejón del Correo, se cruzó con el médico militar, de pronto pensó que tal vez en el hospital le echaran de menos y salieran a buscar. Entró en un panadería, compró dos bollos, se los metió en los bolsillo de la chaqueta y antes del mediodía salió del pueblo y empezó a subir la cuesta de una montaña.

Arriba, en el lindero del bosque, junto al último recodo, había un hombre cubierto de polvo, sentado en un pedregal, que, con un martillo de mango largo, golpeaba la cal de conchas azul grisáceo para desmenuzarla.

Knulp saludó y se quedó mirando.

—Hola —respondió el hombre, y siguió trabajando sin levantar cabeza.

—Parece que el tiempo va a cambiar —probó Knulp.

—Puede —gruñó el picapedrero, alzando un momento la mirada, deslumbrado por el reflejo del sol del mediodía en la clara carretera—. ¿Y adónde va por aquí?

—A Roma, a ver al Papa —respondió Knulp—. ¿Queda lejos?

—Hoy no llega, desde luego. Y si a cada paso se para a incordiar al que trabajo,

no llegará ni en un año.

—¿Usted cree? Prisa no tengo, gracias a Dios. Es usted muy trabajador, señor Andres Schaible.

El picapedrero hizo pantalla con la mano y miró al caminante.

—¿Así que me conoce? —dijo lentamente—. Pues yo a usted también, me parece. Pero no recuerdo su nombre.

—Pues pregunte al dueño del Cangrejo, donde allá por el año noventa solíamos hospedarnos. Pero seguro que ya habrá muerto.

—Murió hace tiempo. ¡Pero ahora caigo, parroquiano! Tú eres Knulp. Siéntate un rato, hombre. Me alegro de verte.

Knulp se sentó. Había subido la cuesta muy aprisa y respiraba con dificultad. Entonces vio lo bonito que estaba el pueblo en el fondo del valle, con el río azul y los tejados rojos y las verdes islas de árboles aquí y allá.

—Estás bien aquí arriba —dijo con un profundo suspiro.

—No me quejo. ¿Y tú? Antes te costaba menos subir la cuesta. ¡Cómo resoplas ahora, Knulp! ¿Has venido a visitar tu pueblo?

—Sí, Schaible, y será la última vez.

—¿Y eso por qué?

—Porque tengo el pulmón hecho trizas. ¿Conoces algún remedio?

—Si te hubieras quedado en tu casa, amigo, trabajando de firme, con una mujer y unos hijos, y con tu propia cama, otra cosa habría sido tu vida. En fin, siempre has sabido lo que yo pienso de eso. Ahora ya nada se puede hacer. ¿Y tan mal estás?

—Bueno, no sé… O sí lo sé. Ahora voy cuesta abajo, y cada día un poco más aprisa. La ventaja es que, estando solo, no es uno una carga para nadie.

—Según se mire. Pero es asunto tuyo. De todos modos, lo siento.

—No lo sientas. Todos tenemos que morir, hasta los picapedreros. Sí, amigo, nosotros ya no podemos hacernos muchas ilusiones. Tú también tenías otras ideas en la cabeza. ¿No querías hacerte ferroviario?

—Bah, ésas son historias de viejas.

—¿Y tus hijos están bien?

—Que yo sepa. Jakob ya trabaja.

—¿Sí? Vaya, el tiempo pasa. Creo que voy a seguir otro trecho.

—No tengas prisa. ¡Después de tanto tiempo sin vernos! Dime, Knulp, ¿puedo ayudarte? No llevo mucho encima, tal vez medio marco.

—Puede hacerte falta, viejo. No; muchas gracias.

Quiso decir algo más, pero tenía el corazón oprimido y se quedó callado, y el picapedrero le paso su botella de sidra. Contemplaron el pueblo que se extendía a sus pies. El sol se reflejaba en el arroyo del molino, por el puente de piedra cruzaba, despacio, un carro y debajo navegaba, perezosa, una escuadra de ocas.

—Ahora ya he descansado y tengo que seguir —dijo Knulp.

El picapedrero, que se había quedado pensativo, sacudió la cabeza.

—Mira, tú, tú habrías podido ser algo más que un pobre vagabundo —dijo lentamente—. Lo tuyo es una verdadera lástima. Yo, Knulp, no soy beato pero creo lo que dice la Biblia. También hay que pensar en eso. Tú tendrás que rendir cuentas de ti, y no va a serte fácil. Tú tenías unos dones, mejores que los de otros, y no los has aprovechado. No me tomes a mal que te diga estas cosas.

Knulp sonrió entonces, y en sus ojos se encendió una chispa de su vieja e inofensiva picardía. Dio a su amigo un cariñoso golpecito en el brazo y se levantó.

—Ya veremos, Schaible. Quizás el buen Dios no me pregunte: ¿Y ti por qué no te hiciste juez municipal? Quizás me diga sólo: ¿Ya estás aquí otra vez, alma cándida? Y me dé un trabajo fácil allá, cuidar niños o algo por el estilo.

Andres Schaible se encogió de hombros bajo su camisa a cuadros azules y blancos.

—Contigo no se puede hablar en serio. Tú piensas que, cuando llegue Knulp, Dios Nuestro Señor forzosamente habrá de bromear.

—Ah, no. Pero también podría ocurrir, ¿no crees?

—¡No digas eso!

Se estrecharon las manos, y el picapedrero aprovechó para poner a Knulp en la palma una pequeña moneda que disimuladamente se había sacado del bolsillo del pantalón. Y Knulp aceptó sin resistirse, para no contrariarle.

Lanzo una última mirada a su viejo valle, saludo una vez más a Andres Schaible con la cabeza, empezó a toser y se alejó apretando el paso, y pronto desapareció por la parte alta del bosque.

A las dos semanas, después de que a unos días fríos y con niebla siguieran otros de sol, que trajeron las últimas campanillas y moras frescas y dulces, de pronto llegó el invierno. Hubo fuertes heladas, al tercer día se suavizó el aire y cayó una nevada copiosa y apresurada.

Durante todo aquel tiempo, Knulp estuvo vagando sin rumbo en torno a su pueblo y dos veces llegó hasta el bosque, y se quedó observando de cerca al picapedrero Schaible pero sin llamarle. Tenía muchas cosas en que pensar y durante sus largas, fatigosas e inútiles caminatas, se sumía más y más en la complicad trama de su vida malograda, como en una maraña de espino, sin hallar explicación ni consuelo. Luego volvió a sentirse muy enfermo y un día faltó poco para que, a pesar de todo, regresara a Gerbersau y llamara a la puerta del hospital. Pero cuando, tras varios días de soledad, volvió a ver el pueblo allá abajo, le pareció extraño y hostil y comprendió que ya nada le unía a él. De vez en cuando, compraba un pedazo de pan en algún pueblo, y no faltaban avellanas. Dormía en las chozas de los leñadores o en los

campos, entre haces de paja.

Ahora, bajo la copiosa nevada, bajaba de Wolfsberg hacia el valle, maltrecho y muerto de cansancio, pero todavía de pie, como si tuviera que apurar los pocos días que le quedaban caminando por bosques y veredas. A pesar de la enfermedad y el cansancio, sus ojos y su olfato conservaban toda su sensibilidad. A pesar de que no llevaban un rumbo determinado, avizoraba y olfateaba cada soto, cada soplo de viento y cada rastro de suelo. No se regía la voluntad sino que sus piernas se movían por inercia.

Desde hacía varios días, con el pensamiento se veía casi a todas horas en presencia de Dios y constantemente hablaba con Él. No tenía miedo; él sabía que Dios nada puede hacernos. Pero Dios y Knulp dialogaban sobre la inutilidad de su vida y hacían cábalas sobre lo que habría tenido que ocurrir para que las cosas fueran distintas, y por qué esto y lo otro que ser así y no de otro modo.

—Fue entonces —porfiaba Knulp una y otra vez—, entonces, cuando yo tenía catorce años y Franziska me dejó plantado. Entonces aún habría podido conseguir cualquier cosa. Pero en aquel momento algo se hundió o se rompió dentro de mí, y ya no hice nada más. La pena es que Tú no me enviaras la muerte cuando tenía catorce años. ¡Entonces sí que mi vida habría sido hermosa y redonda como una manzana en sazón!

Pero el buen Dios siempre sonreía y a veces su rostro desaparecía tras un torbellino de nieve.

—Vamos, Knulp —le amonestaba—, piensa en cuando eras mozo, piensa en el verano de Odenwald y en la época de Lächstetten. ¿Acaso no bailabas como un cervatillo y no vibrabas de alegría de vivir? ¿No cantabas y tocabas la armónica de un modo que hacía brillar los ojos de las muchachas? ¿Ya no te acuerdas de los días de sol de Bauerswil? ¿Y de Henriette, tu primera novia? ¿Es que aquello no significa nada?

Knulp reflexionó, y las alegrías de su juventud brillaron a lo lejos como fogatas en la montaña y exhalaron un perfume dulce como de miel y vino y resonaron con tonos graves, como el viento del deshielo que anuncia la primavera. ¡Santo Dios, qué hermoso fue! ¡Hermoso el goce y hermosa la tristeza, y habría sido una pena perderse ni un solo día!

—Ah, sí, fue hermoso —reconoció, pero estaba inquieto y malhumorado como un niño fatigado—. Fue hermoso aquello, sí. Pero también entonces hubo culpas y sufrimiento. A pesar de todo, es verdad, fueron buenos años, y tal vez no sean muchos los que bebieron esas copas ni bailaron esos bailes, ni conocieron esas noches de amor. Pero luego, luego, tuvo que terminar. Ya entonces había una espina en la felicidad, lo recuerdo bien, y los buenos tiempos pasaron y no volvieron. Nunca más.

El buen Dios había desaparecido entre los campos. Pero ahora, cuando Knulp se detuvo un momento para recobrar el aliento y escupir en la nieve unas gotas de sangre, ahora, de improviso, Dios volvía a estar allí y le contestaba.

—Responde, Knulp. ¿no eres un poco ingrato? No puedo menos que reír de lo olvidadizo que te has vuelto. Hemos recordado los tiempos en que eras el rey del baile, y hemos recordado a tu Henriette, y has tenido que reconocer que todo aquello fue bueno y hermoso, que te hizo feliz y tuvo sentido. Y si así piensas de Henriette, amigo, ¿qué pensarás de Lisabeth? ¿Es que has podido olvidarte de ella?

Y de nuevo ante los ojos de Knulp aparecía, como una montaña lejana, un trozo de su pasado que, si bien no era tan risueño y bullicioso como el anterior, resultaba más íntimo y conmovedor, como esa sonrisa entre lágrimas de las mujeres, y ante él volvieron a desfilar, como si acabaran de alzarse de la tumba, horas y días en los que hacía mucho tiempo que no pensaba. Y en ellos estaba Lisabeth, con sus ojos hermosos y tristes y con el niño en los brazos.

—¡Qué hombre más ruin he sido! —volvió a refunfuñar—. Cuando murió Lisabeth tenía que haber muerto yo también.

Pero Dios no le dejó continuar. Mirándole severamente con sus ojos claros, dijo:

—No sigas, Knulp. Tú hiciste mucho daño a Lisabeth, no se puede negar, pero sabes muy bien que ella recibió de ti más cosas buenas y hermosas que cosas malas, y ni un momento te reprochó nada. ¿Es que aún no te das cuenta de cuál era el objeto de todo ello, cabeza hueca? ¿No comprendes que tenías que ser un tunante y un vagabundo, para poder llevar a todas partes un poco de atolondramiento y de alegría infantil? Para que todos pudieran quererte un poco, y alegrarse contigo un poco y agradecértelo un poco.

—En el fondo, es verdad —reconoció Knulp a media voz, tras un breve silencio —. Pero eso era antes, cuando yo aún era joven. ¿Por qué no aprendí nada de todo ello y no me hice un hombre cabal? Aún no hubiera sido tarde.

Dejó de nevar. Knulp descansó un momento y quiso sacudirse la gruesa capa de nieve del sombrero y la ropa. Pero no pudo. Estaba ausente y cansado, y ahora sentía a Dios muy cerca, que le miraba con ojos diáfanos, muy abiertos y refulgentes como el sol.

—Vamos, tranquilízate —le decía Dios—. ¿de qué sirve lamentarse? ¿No te das cuenta de que todo fue como tenía que ser? ¿Por qué había de ser de otra manera? ¿Te gustaría ser ahora un señor o un maestro artesano y tener esposa e hijos y leer el periódico por la noche? ¿No saldrías corriendo a dormir en el bosque con los zorros, a poner trampas a los pájaros o a domesticar lagartos?

Knulp se puso a caminar otra vez. Se tambaleaba de cansancio, pero no lo notaba. Ahora estaba más tranquilo y asentía agradecido a todo lo que le decía Dios.

—Mira —dijo Dios—, yo no te habría querido distinto de cómo eres. En mi

Nombre anduviste los caminos y siempre llevaste a las gentes sedentarias un poco de ansia de libertad. En mi Nombre cometiste tonterías y te expusiste al desprecio de los hombres; a través de tu persona, fui amado y despreciado.

»Tú eres mi hijo y mi hermano y parte de mí, y no has gozado no has sufrido nada que yo no gozara y sufriera contigo.

—Sí —dijo Knulp, moviendo pesadamente la cabeza—. Sí, así es. En el fondo, siempre lo supe.

Se tendió en la nieve a descansar su fatigado cuerpo se hizo muy ligero, y sus enrojecidos ojos sonreían.

Y cuando cerró los párpados para dormir otro poco, seguía oyendo la voz de Dios que le hablaba y seguía viendo sus luminosos ojos.

—Así pues, ¿ya no hay más quejas? —preguntó la voz de Dios.

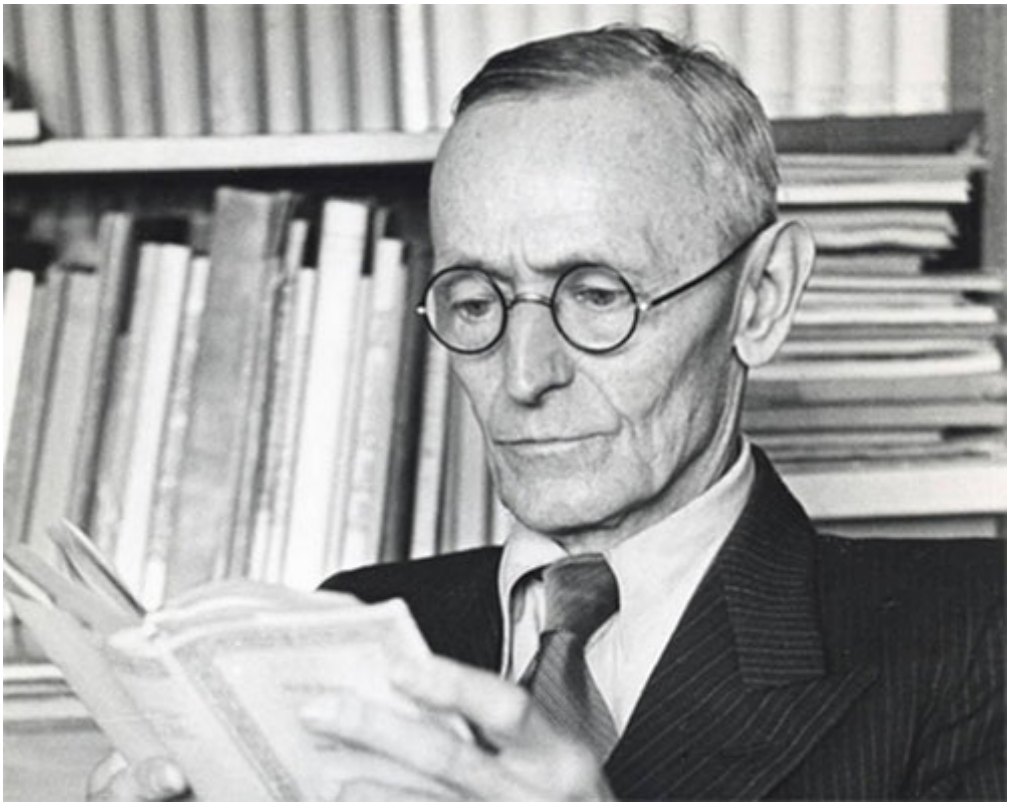
—Ya no —Knulp movió la cabeza y sonrió débilmente.

—¿Y todo está bien? ¿Está todo como tiene que estar?

—Sí —asintió él—, todo está bien.

La voz de Dios sonaba entonces más fina y unas veces parecía la de su madre, otras la de Henriette y otras la dulce voz de Lisabeth.

Cuando Knulp volvió a abrir los ojos brillaba el sol y tuvo que cerrarlos, deslumbrado. Sintió el peso de la nieve en las manos y quiso sacudírselo, pero el deseo de dormir era ya más fuerte que cualquier otro deseo.



HERMANN HESSE. Nació el 2 de julio de 1877 en Calw, Alemania y murió en Montagnola, Cantón del Tesino, Suiza, el 9 de agosto de 1962. Novelista y poeta alemán, nacionalizado suizo. A su muerte, se convirtió en una figura de culto en el mundo occidental, en general, por su celebración del misticismo oriental y la búsqueda del propio yo.

Hijo de un antiguo misionero, ingresó en un seminario, pero pronto abandonó la escuela; su rebeldía contra la educación formal la expresó en la novela Bajo las ruedas (1906). En consecuencia, se educó él mismo a base de lecturas. De joven trabajó en una librería y se dedicó al periodismo por libre, lo que le inspiró su primera novela, Peter Camenzind (1904), la historia de un escritor bohemio que rechaza a la sociedad para acabar llevando una existencia de vagabundo.

Durante la I Guerra Mundial, Hesse, que era pacifista, se trasladó a Montagnola, Suiza; se hizo ciudadano suizo en 1923. La desesperanza y la desilusión que le produjeron la guerra y una serie de tragedias domésticas, y sus intentos por encontrar soluciones, se convirtieron en el asunto de su posterior obra novelística. Sus escritos se fueron enfocando hacia la búsqueda espiritual de nuevos objetivos y valores que sustituyeran a los tradicionales, que ya no eran válidos. Demian (1919), por ejemplo, estaba fuertemente influenciada por la obra del psiquiatra suizo Carl Jung, al que Hesse descubrió en el curso de su propio (breve) psicoanálisis. El tratamiento que el libro da a la dualidad simbólica entre Demian, el personaje de sueño, y su homólogo en la vida real, Sinclair, despertó un enorme interés entre los intelectuales europeos

coetáneos (fue el primer libro de Hesse traducido al español, y lo hizo Luis López Ballesteros en 1930). Las novelas de Hesse desde entonces se fueron haciendo cada vez más simbólicas y acercándose más al psicoanálisis. Por ejemplo, Viaje al Este (1932) examina en términos junguianos las cualidades míticas de la experiencia humana. Siddharta (1922), por otra parte, refleja el interés de Hesse por el misticismo oriental —el resultado de un viaje a la India—; es una lírica novela corta de la relación entre un padre y un hijo, basada en la vida del joven Buda. El lobo estepario (1927) es quizás la novela más innovadora de Hesse. La doble naturaleza del artista-héroe —humana y licantrópica— le lleva a un laberinto de experiencias llenas de pesadillas; así, la obra simboliza la escisión entre la individualidad rebelde y las convenciones burguesas, al igual que su obra posterior Narciso y Goldmundo (1930). La última novela de Hesse, El juego de abalorios (1943), situada en un futuro utópico, es de hecho una resolución de las inquietudes del autor. También en 1952 se han publicado varios volúmenes de su poesía nostálgica y lúgubre. Hesse, que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1946, murió el 9 de agosto de 1962 en Suiza.